

¿QUE "VIAJE"?



VIVIMOS en un mundo donde no podemos ignorar la realidad, lo que es, lo que existe. Se nos impone por su propia presencia. No podemos cambiarla por el simple hecho de rechazarla u olvidarla.

Cuando niños nos aproximábamos a las cosas con ideas muy extrañas respecto a ellas. Imaginábamos, por ejemplo, que las estrellas eran las ventanas por las cuales se veía la luz del cielo; o que un charco de agua era un pozo muy profundo, porque veíamos reflejado en él alguna nube pasajera, y teníamos miedo de pisarlo; o que los árboles, de noche, se paseaban por el bosque; o que nuestro perro razonaba igual que nosotros, sólo que no podía hablar. La vida, luego, se encargó de mostrarnos que estábamos equivocados. Nos quitó la poesía, que muchas veces añoramos, pero nos enseñó la realidad del mundo para que pudiéramos movernos con más seguridad en él.

No por eso necesitamos renegar de la imaginación. Al fin y al cabo, sin ella no hubiera sido posible ninguno de los grandes progresos de la ciencia, ni sería posible esperar nuevas conquistas artísticas, científicas y tecnológicas en el futuro. Pero no podemos darle rienda suelta como en la niñez. No podemos dejarla viajar a su so-

lo capricho, sino guiada por el sano juicio. De otra manera, seremos sus esclavos en vez de ser sus amos, y viviremos tan engañados como entonces.

El físico sabe que los muebles y las paredes de su casa están constituidos de protones, neutrones y electrones, partículas infinitesimales separadas entre sí por un gran espacio vacío, comparado al que separa los astros. Es decir, la materia es prácticamente inexistente en comparación con el espacio; pero si olvidamos que aquellas cosas de su casa son también bien concretas, pronto los tropezones y los golpes contra ellas lo llamarán a la realidad de que no puede pasarlas por alto.

En la vida hay muchas realidades desagradables, más que las necesarias para hacernos triste la existencia, y para ocupar nuestros pensamientos, si es que deseamos centrarlos en ellas y olvidar el lado hermoso de la misma, que compensa con creces el otro.

Pero las realidades desagradables no desaparecen por huir de ellas. Por el contrario, siguen permaneciendo firmes para el cobarde. Cuando le hacemos frente pueden ocurrir dos cosas. Si humanamente son in-cambiables aprenderemos a vivir con ellas de la mejor manera posible, sacándole las mayo-

res ventajas; si son cambiables, trabajaremos y lucharemos para producir el cambio.

Quien emprende el "viaje" de las drogas para escapar del medio que lo rodea, o sumirse en un estado donde la imaginación vaga a sus anchas, sin ton ni son, vuelve al mundo mental de la infancia, pero despojado del candor y la esperanza latente de la misma. Es un grande de cuerpo con cabeza de niño.

El "viaje" de las drogas destruye el cuerpo y el carácter. El "viajero" no puede vivir en el mundo en que está sin esa muleta. No hace nada por transformar la realidad. Simplemente, huye como un cobarde.

Es natural que la imaginación quiera viajar. Esa es su función. Si está siempre dormida, su dueño puede darse por muerto en vida, porque la actividad creadora tiene su origen en ella.

Pero, querido amigo, déjala viajar apoyada y vigorizada por el estudio, guiada por el sentido común, fortalecida por la responsabilidad de enriquecer su propia existencia y la de los demás. Pero nunca por las drogas, que la sacan de órbita.

¡Láncese al viaje creador, y no se deje engañar por los sustitutos que le quieren vender a escondidas, porque el "boletero" tiene miedo a la ley! =

LA SALUD

INTEGRAL

Y LA

RELIGION

Por el Dr.
**ANTONIO
SOLARES**



Director del Hospital Nacional de San Marcos, Guatemala, y de la Sala Anexa del Instituto Guatemalteco de Seguridad Social. Miembro activo del Colegio de Médicos Cirujanos de Guatemala y de la Asociación de Médicos de la Universidad de Loma Linda, California.

EL SER humano no es sencillamente un conjunto de órganos o sistemas que funcionan sincronizadamente para mantener viva la materia. Es también un ser racional con conciencia,

que debe cumplir determinados fines y funciones de orden social, intelectual, espiritual y físico en la sociedad en que vive.

Un individuo puede tener los órganos vitales en perfectas

condiciones anatómicas y fisiológicas y hasta poseer un cerebro sin lesiones anatomopatológicas y ser, sin embargo, un desadaptado, un neurótico o hasta un alienado mental, condiciones que ocasionan la ruina de sí mismo, de su familia o de su comunidad. Estos son los casos típicos que publican los periódicos en todas partes del mundo, refiriéndose a individuos físicamente aptos, pero que sufren trastornos de la personalidad, en gran parte por falta de valores espirituales. Estos sujetos se vuelven hostiles a la sociedad; son los desadaptados que sufren trastornos psíquicos, los amargados y resentidos que se convierten en delincuentes. A éstos de ninguna manera se los puede llamar sanos.

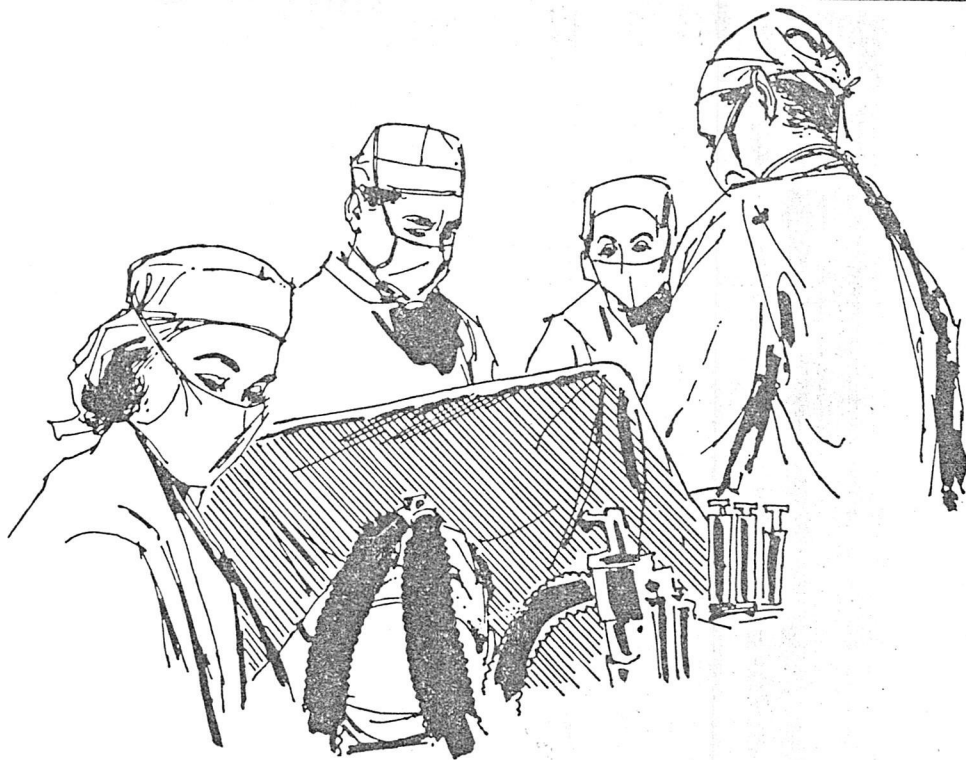
Además del bienestar físico debe haber bienestar mental y social, pues es precisamente dentro de este último donde cumple su elevado fin la religión que enseña de manera clara, sencilla y práctica la creencia en un Ser Supremo. En la conservación y recuperación de la salud cabal juega un papel importantísimo esa creencia en Dios, la religión práctica que enseñan las Sagradas Escrituras.

El tema central de los Escritos Sagrados es nuestro Señor Jesucristo, quien universal e innegablemente ha ocupado y seguirá ocupando el puesto preponderante como Médico Divino. Es la influencia de este mismo paladín de la medicina la



Muchos de los problemas de salud se deben a la desobediencia de las leyes biológicas.

"Al momento de principiar y pedir el bisturi para hacer la primera incisión, una mano enguantada detuvo la mía cortés, pero firmemente".



que ennoblece, purifica y eleva a todas las personas dedicadas a la aplicación de las ciencias médicas. La fe en Dios hace que el médico sea más tolerante, más caritativo, más amante de su profesión, más digno, más estudioso, más paciente, más diligente, más alejado de los vicios: en fin, más capaz.

Es alentador notar que dentro del gremio médico de todo el mundo es muy raro encontrar ateos. El médico creyente está convencido de que los enfermos no se curan tan sólo con sus recetas ni gracias a su habilidad en el manejo de los instrumentos quirúrgicos.

Además del cuerpo, el hombre posee una mente y un alma; y solamente cuando es tratado íntegra y globalmente, abarcando ese trinomio, se cumple el elevado fin de las ciencias médicas; es entonces cuando el médico considera a sus enfermos desde el punto de vista humano y no como el paciente de la cama número tal. Así se forma una atmósfera espiritual que redundará en beneficio de ambos, y cura más que muchas medicinas. La terapia espiritual de los pacientes queda fuera del alcance de los técnicos profesionales o científicos que ven exclusivamente la materia. Es aquí donde entra en juego la ventaja del médico religioso, especialmente en las enfermedades de tipo psicosomático.

Se puede probar hasta la saciedad que entre los individuos

apartados de la religión y de la moral es más elevado el porcentaje de trastornos psíquicos: histeria, suicidios, intoxicación por barbitúricos, alcoholismo, narcomanía, ansiedad, locura, y todas las consecuencias que secundariamente siguen a estos males. Innumerables personas están hospitalizadas por padecer de enfermedades nerviosas o emocionales, pero que en vocabulario religioso debieran llamarse males espirituales que influyen poderosamente sobre el cuerpo. Aun entre los heridos o traumatizados en accidentes o en la guerra se ha notado que quienes tienen una razón para vivir —es decir, una moral elevada— se curan antes de sus lesiones que los que no tienen tanto interés por la vida. Los creyentes cooperan mejor y sus órganos responden adecuadamente al estímulo psíquico que brota del manantial espiritual que llevan dentro de sí, mientras que en los otros ocurre todo lo contrario: se retarda la curación y se presentan multitud de complicaciones, y hasta se anticipa la muerte. Claro está, si esto ocurre en las enfermedades puramente físicas, con mayor razón en las de tipo emocional que afectan directamente el sistema nervioso.

En 1962 tuve la oportunidad de trabajar como invitado en el Hospital Adventista de la Trinidad, Estelí, Nicaragua. En la primera oportunidad que me brindaron para efectuar una

operación quirúrgica, se hicieron todos los preparativos clásicos. Al momento de principiar y pedir el bisturi para hacer la primera incisión, una mano enguantada detuvo la mía cortés pero firmemente. Extrañado, miré al ayudante que era el Dr. Shea, médico misionero de dicho hospital, quien me sonrió a través de la mascarilla al tiempo que decía: "Dr. Solares antes de iniciar la operación acostumbremos en este hospital a dirigir unas palabras de oración a Dios", y diciendo esto oró de una manera tan sencilla pero tan ferviente que me sentí muy impresionado. Después de la oración, proseguí con la absoluta seguridad de que además de conocimientos científicos y técnicos ya adquiridos, había una mano invisible pero poderosísima que dirigía las mías.

De más está decir que la enferma, que por tener anestesia raquídea se daba cuenta de todo lo que ocurría, tenía una tranquilidad absoluta. Cuando un enfermo ve y oye que el propio médico cree en el Altísimo y realiza sus actos como ante su mirada, ¿quién puede negar que esto repercute para su bien físico, mental y espiritual? No se podrá inventar jamás un medicamento más poderoso para el tratamiento de las enfermedades en todos los ramos de la medicina, que la que nos proporciona el Médico Divino con su influencia poderosa sobre el espíritu, la mente y el cuerpo. =

Vivo con Tiempo Prestado



Ferenc Backskai

El autor
de este
presente
vivir c
presta
una n
de la

HACE poco me encontré frente a un hecho tremendo: Que estoy viviendo con tiempo prestado, y yo no lo sabía.

La vida puede ser extraña muchas veces. Uno no sabe qué es lo que lo va a golpear hoy o mañana. Esto lo sabemos todos, pero nunca se me ocurrió que tendría que hacer frente a la realidad en la forma como se me presentó.

Ahora tengo que mirar de frente la verdad: Ya soy una especie de hombre muerto, aunque nadie sabe en qué momento ni cómo dejaré de existir. La ciencia médica no puede ayudarme, y los médicos tienen que dejarme librado a mi propia suerte.

Soy maestro de profesión. Pude recibirme sólo en 1947, porque la guerra había trastornado mis planes y tuve que trabajar duramente para graduarme. Sin embargo, me sentí contento, porque era el fruto de mi propio esfuerzo. Mis padres habían muerto durante la guerra, y mi hermana que sirvió de enfermera en el ejército, nunca volvió del frente.

Todavía, vivo solo, porque nunca me casé. Una vez, durante la guerra, me enamoré de una hermosa muchacha. El tiempo era precioso en esos días, y nosotros lo sabíamos. Queríamos casarnos, pero no pudimos conseguir nuestros papeles a tiempo y yo tuve que volver a mi regimiento después de una corta licencia. Luego, nunca más la pude encontrar.

No cuento esto para hacer una historia triste. A pesar de todo lo que me sucedió, soy un hombre feliz, porque encontré el gozo en mi vocación. Me gusta la música y también la literatura. Siempre que me permite el dinero, viajo desde nuestra pequeña población de Baja a Budapest para asistir a las actividades culturales y artísticas de la ciudad.

Mi departamento de tres ambientes está finamente amueblado y tengo todas las comodidades que pueden hacer agradable la vida.

Como ya lo he mencionado antes, soy maestro y he ayudado a muchos alumnos a prepararse para la escuela secundaria y enseñé el esperanto en las clases de la tarde. También conozco el francés, el alemán, el inglés y un poco del ruso.

En resumen, puedo decir que mi vida ha sido buena, con excepción de la guerra.

¿Quién lo hubiera pensado? Sucedió en 1944. Para ser más preciso, el 17 de marzo. En ese tiempo, era cabo y la suerte me acompañó de una manera notable. Mientras muchos de mis camaradas no podían decir lo mismo, mis escapadas de la muerte me habían ganado el sobrenombre de "el suertudo Ferenc". Y entonces sucedió lo inesperado. De repente apareció un avión solitario en el cielo. Volaba bien alto, tan alto que no nos preocupamos de escondernos o buscar un refugio. En seguida oímos el horrible silbido de

JUVENTUD

El autor en el momento de escribir el presente artículo. El vivir con tiempo prestado le ha dado una nueva perspectiva de la vida.

MI VIDA PUEDE CESAR EN CUALQUIER MOMENTO. LA CIENCIA NO PUEDE PRESTARME AUXILIO. ESTOY LIBRADO A MI PROPIA SUERTE. SIN EMBARGO, NO DESESPERO.

una bomba que caía. Recuerdo que uno de mis camaradas se rió, y dijo:

—Nosotros estamos aquí, no allí —y tenía razón porque la bomba cayó a unos 150 m de donde estábamos. Pero, por alguna razón, yo perdí la conciencia.

Lo próximo que recuerdo es haber despertado en el hospital de sangre.

—Nada grave —me dijo una enfermera—. Sólo una herida superficial, pero Ud. se desmayó.

Mis camaradas habían salido ilesos. Ninguno había sido herido.

—Ya no eres más el suertudo Ferenc —me dijo uno de ellos sonriendo cuando me visitaron en el hospital.

¡Y cuán acertado estaba! Pero ninguno de nosotros lo sabía en ese tiempo.

Pronto volví al servicio activo. La herida de la cabeza se había sanado y me sentí perfectamente bien otra vez. Al terminar la guerra, fui dado de baja y entré de lleno en las actividades de la vida civil, después de buscar infructuosamente a mi prometida.

Al pasar los años, muy pocas veces pensaba en la guerra y en lo que había sucedido.

Sin embargo, hace poco comencé a notar extrañas cosas. A veces, las voces de los niños comenzaban a darme dolor de cabeza. Cuando eso ocurría, simplemente tomaba aspirinas. Luego, también las voces de las mujeres comenzaron a producirme dolor de cabeza. Cuando eso ocurría volvía a las aspirinas. Pero los dolores llegaron a ser bastante molestos y me di cuenta de que no podía apreciar más todos los discos que poseía. Algunos me producían dolor de cabeza. Al principio, no me di cuenta de que se debía al sonido de la música, pero luego lo descubrí. A veces, pasaban días sin ningún problema; sin embargo, de repente, especialmente cuando había estado expuesto a cierta clase de sonidos, el dolor volvía.

Fui a un médico, pero no pudo encontrar nada. Con todo, seguía sufriendo de dolor de cabeza. Finalmente, después de haber molestado bastante al médico, después de haber sido demasiado impaciente con mis clases, y de sentirme excitado sin razón aparente, pedí al médico una recomendación para el hospital. Se me hicieron toda clase de exámenes y se me encontró en perfectas condiciones. Finalmente se me examinó con rayos X, y eso dio la respuesta: Desde la guerra había andado con una esquirla de bomba alojada en mi cerebro. El fragmento de acero tiene unos 40 mm de largo y unos 8 mm de ancho en el extremo más grueso.

Al encontrarse esa novedad, se me sometió a exámenes rigurosos. Tuve que ir a Budapest para más pruebas y rayos X. Pero finalmente vino el veredicto unánime: Nada se podía hacer en mi caso. Dijo un médico de Budapest, luego de una larga descripción:

—No podemos operarlo. Si probamos, casi con seguridad Ud. morirá. La esquirla no puede ser removida sin causar daños fatales a su cerebro. Desgraciadamente, no podemos hacer nada por Ud. Trate de vivir como lo ha hecho hasta ahora. Puede gozar de muchos años de vida todavía o morir de repente. No sabemos. Debe acostumbrarse a esta realidad. Tendrá dolores de cabeza de tiempo en tiempo, pero podemos darle algo para contrarrestarlos. Eso es todo lo que podemos hacer por Ud. Pero puedo asegurarle que si la esquirla se mueve, Ud. no sufrirá, porque morirá instantáneamente sin aviso o dolor. Puede vivir hasta edad avanzada, pero también morir en cualquier momento. Mi consejo es que trate de vivir como lo ha hecho hasta ahora, como si no tuviera la esquirla en su cerebro.

Fue una revelación tremenda para mí saber que estuve y tendría que vivir con tiempo prestado. Al principio, no sabía qué hacer. Me sentí confundido, temeroso, desgraciado, desilusionado y completamente perdido. Ahora sé que debo luchar la batalla más importante de mi vida. Debo mantenerme en marcha no importa lo que puede o no puede sucederme. Todavía tengo y seguiré teniendo dolores de cabeza. A menos que alguien descubra una manera de quitarme la esquirla sin matarme.

Pero he aprendido a vivir con todo esto. Todavía escucho con placer mis discos y he aprendido a relajarme para aliviar el dolor. A pesar del dolor de cabeza, otra vez puedo gozar de la música. Me gustaría apartarme de los sonidos y voces agudas, pero no puedo evitarlo totalmente porque lo quiera. Es algo a lo que tengo que hacer frente y con lo cual vivir. ¿Por cuánto tiempo? Nadie lo sabe, y si los médicos tienen razón, y creo que la tienen, puedo vivir muchos años o caer muerto en cualquier instante.

Consciente de esta realidad, vivo agradecido a la vida más que nunca antes, y ahora veo muchas cosas en forma diferente. Les digo a mis amigos más afortunados que yo: La vida es hermosa, pero no todos tienen la facultad de verla en sus verdaderos colores.

Estoy agradecido que todavía estoy vivo. Enseño todavía y no pido ninguna misericordia. Los niños son niños. No los perturbo con mis problemas. Viva, éste es mi mensaje.=

El Regalo de Navidad

Estábamos sumamente felices. Revoluteábamos alrededor de la tía Shadia como mariposas cerca de una hermosa flor, y tratábamos de vivir el gozo que los años de separación nos habían robado. Las hermanas, mamá y la tía Shadia, pasaban sus mejores momentos juntas, y las oraciones de gratitud de la abuela, al ver de nuevo a su hija mayor, apenas podían expresar el éxtasis de su corazón.

Cada Navidad, la afluencia de visitantes era extraordinaria, y el reino de Jordania trataba de hacer lo mejor posible para facilitar el movimiento de peregrinos. Desde hacía dos años, mi grupo de Girl Scout había servido de guía a los visitantes, y ese año íbamos a prestar la misma asistencia.

La tarde en que llegó mi tía, la Sra. de Harris, nuestra jefa, me preguntó si ese día podría servir de guía junto con mi amiga Susy. Me preguntó a qué hora podría venir a buscarme.

—¡Oh, no! —murmuré por lo bajo—. ¿Por qué tengo que ir hoy cuando está la tía Shadia y quedará con nosotros tan poco tiempo? —mentalmente buscaba una multitud de excusas—. Y . . . bueno, Sra. de Harris —dije en voz fuerte—, pienso que puedo estar lista en quince minutos.

La puerta de Mandelbaum era un hervidero de gente que corría de un lugar a otro, con la policía que inspeccionaba el equipaje, los taxis que hacían sonar sus bocinas y las madres que llamaban a sus hijos juguetones e inquietos. Todo esto me hacía pensar en una feria de remate desorganizada.

—Susy, ayudemos a unos hombres hoy. Generalmente son demasiado orgullosos para pedir

—¡OH! ¡NO veo el momento de verla! ¿Piensas que me reconocerá?

—Pienso que no, Nadia. Eras solamente una niñita cuando te vio la última vez —mamá me respondía sin fijarse en mí, porque estaba muy ocupada buscando el rostro familiar de su hermana Shadia entre los peregrinos que cruzaban la puerta.

—¡Allí está! ¡Es esa vestida de verde! ¡Shadia! ¡Shadia!

—lágrimas de gozo corrían por las mejillas de mi madre mientras se precipitaba para encontrarse con su hermana después de años de separación.

Era un momento conmovedor encontrarme con mi tía Shadia en la puerta de Mandelbaum, puerta que cruzaban miles de personas cada Navidad para visitar a sus parientes que vivían detrás de la muralla que dividía a la ciudad de Jerusalén.

Hace un año, Israel y los árabes estuvieron en guerra: Y aunque cesó el fuego, técnicamente todavía lo están. Años atrás, en 1948, hubo otro conflicto armado. Grupos de árabes que vivían en Israel fueron obligados a abandonar sus hogares y a radicarse en el sector árabe de Jerusalén. Generalmente, solamente una parte de la familia se trasladaba a dicho sector. Una vez al año, para la fiesta de Navidad, se permitía a los familiares pasar de un sector a otro. Esta es la historia de una de esas familias y de un miembro perdido de ella. Nadia Haddad, la autora de la misma, está ahora estudiando en la Universidad de Andrews, en la localidad de Berrien Springs, Estado de Michigan, Estados Unidos de Norteamérica.

NADIA HADDAD

ayuda, aunque probablemente la necesitan —le dije a mi amiga.

—¡Oh, no! Los hombres no quieren ayuda, especialmente de dos jovencitas —me respondió Susy—. Pienso que las ancianas necesitan más.

—Ellas hablan demasiado y me aburren con sus charlas.

—Pero tú sabes cuán nerviosas se ponen las mujeres y cuán hermoso es ver que se calman cuando encuentran su camino.

Era tan difícil para nosotras abrírnos paso a través de la multitud como para un velero navegar contra el viento. Con mucho esfuerzo alcanzamos la puerta y empezamos a cumplir con nuestra tarea de dar la bienvenida y ayudar a los visitantes. Era tan interesante que las horas parecían volar. Encontramos a personas de todas partes del mundo. Venían de las Américas, Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y muchos otros países. Tratamos de hacernos entender por todas ellas usando el inglés y ademanes. Les ayudamos a encontrar hoteles, amigos, taxis, u oficinas de información. Sus palabras de agradecimiento eran más que suficientes para hacerme sentir feliz de haber venido.

—Susy, ¿ves a aquel joven allá? —le pregunté a mi amiga—. Parece muy solo. Vayamos y veamos si podemos ayudarlo.

—¡Oh, Nadia, por favor! A cualquiera menos a un hombre. Ve tú sola. No me animo.

Yo no tenía tampoco demasiado valor como para acercarme a un hombre solo, ¿pero, no era mi deber ayudar a la gente? Y los hombres eran tan seguramente "gente" como eran las mujeres, razonaba yo mientras caminaba hacia él.

—¿Puedo ayudarlo? ¿Puedo servirle de alguna ayuda?

Su rostro se iluminó con una sonrisa, y me respondió:

—Muy agradecido. Ud. puede serme de una gran ayuda —me

dijo en un perfecto inglés—. ¿Me puede decir dónde encontrar una guía telefónica?

—Con mucho gusto; sígame, por favor.

Mientras caminábamos hacia la cabina telefónica, me contó que era un árabe que había venido de Israel a Jordania por primera vez para visitar a su familia, de la cual no había sabido nada desde la guerra de 1948. Pensaba pasar la noche en un hotel cercano, y buscar a su familia desde la mañana siguiente bien temprano.

Cuando encontré a Susy, ya estaba lista para volver a su casa.

Me fue muy difícil dormir esa noche. Pensaba una y otra vez en mi viejo hogar en Jaffa. Finalmente hice un esfuerzo por desalojar ese recuerdo, porque era avanzada la noche, y estaba muy cansada, y al día siguiente mi madre necesitaría

una buena ayuda para preparar más comida para nuestra fiesta de Navidad.

Después de decir mis oraciones, recordé que no había bebido y dado las buenas noches a mi abuela. Debido a su edad avanzada y la humedad del invierno no se sentía muy bien últimamente.

La luz estaba encendida en su cuarto, así que llamé a su puerta. Como de costumbre, estaba leyendo su Biblia. (Yo creía que ella casi la podía recitar de memoria.)

—¡Hola, hijita! Me preguntaba dónde estabas esta tarde.

—Buenas noches. ¿Ahora que la tía Shadia ya está aquí te sientes mejor?

Sus ojos me miraron con una mirada ausente. Luego me dijo:

—Ven, y siéntate aquí, hijita—. Con un ademán me mostró su cama. —Tú eres demasiado joven todavía para comprender por qué nunca seré verdaderamente feliz otra vez en la vida.

—¡Pero, abuela! ¡Cuéntame por qué! —le rogué. Me partió el corazón verla tan pensativa. Nunca pensé que ella no era realmente feliz con nosotros.

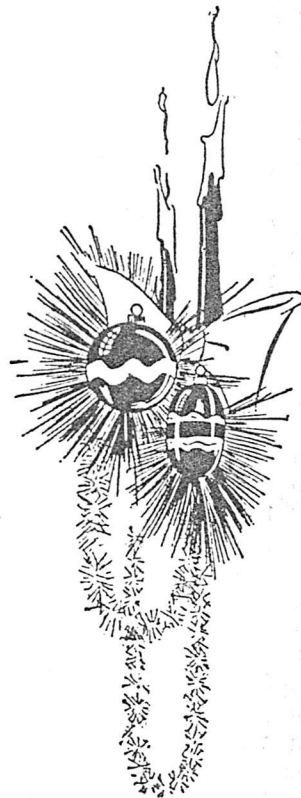
—Tengo una herida en mi corazón que nunca se sanará, querida mía —me dijo.

—¡No! —grité pensando que ella me hablaba de un defecto físico.

—En realidad, no es un dolor en mi corazón, Nadia, sino un dolor del alma—. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus pálidas mejillas, mientras sus ojos parecían recorrer el largo camino hasta una trágica y lejana escena.

Yo sabía que el recuerdo la estaba torturando; pero le pedí que me contara la historia, pensando que tal vez se sentiría más consolada si yo la conociera.

—Hace 17 años —comenzó—, que esta angustia se apoderó de mi alma, y no he tenido un



momento de paz desde entonces.

“Fue el 15 de mayo de 1948, una mañana inolvidable. Fuimos despertados bruscamente antes del amanecer por el ensordecedor estallido de bombas. Aunque estábamos temerosos, pensamos que no sería nada serio, porque esas escaramuzas eran frecuentes desde hacía muchos meses. Pero, para nuestro horror y sorpresa, un camión con altavoz llegó anunciando que debíamos prepararnos para abandonar nuestros hogares en menos de una hora. ¿Qué podía hacer yo en una hora? ¿Qué debería llevar con nosotros? Uno siempre dice que esto o aquello significan tanto para uno; pero cuando llega el momento decisivo no sabe qué necesitará o querrá conservar, si lo que deja detrás no verá nunca más.

“Reuní rápidamente a mis seis hijos pequeños y les dije que se pusieran a toda prisa tanta ropa como pudieran y que tomaran su juguete favorito y una frazada. ¿Adónde iba a ir? ¿Quién me podría ayudar? Pedí fervientemente a Dios que me guiara. Por una vez, los niños no perdieron tiempo y en menos de 30 minutos estábamos en camino hacia el centro de refugiados, donde grandes camiones aguardaban para sacarnos de Palestina y llevarnos a países limítrofes.

“Las madres compartían sus sentimientos de temor, aprehensión, y tristeza mientras se esforzaban por mantener a sus hijos juntos. Yo trataba desesperadamente de explicar a los míos cuál era la situación y cuán importante era para todos nosotros el estar juntos. Mientras les hablaba, el altavoz anunció que los camiones se demorarían por media hora. A causa de esto, muchas mujeres decidieron volver a sus hogares para traer algunas cosas que habían olvidado en su prisa por venir hasta el centro. No deseando correr ningún riesgo de ser separada de mi familia, quedé en el centro de refugiados.

“Los niños comenzaron a mostrarse impacientes, así que consentí en que los varones jugaran a las bolitas con otros chicos, advirtiéndoles que vinieran inmediatamente en cuanto los llamara.

“Habían pasado solamente quince minutos cuando el altavoz anunció de nuevo que los camiones se ponían en marcha.

“—Pero algunas de las madres se han ido. Por favor, espérelas —rogué al hombre que manejaba el vehículo—. ¿Qué harán esos pobres niños sin sus madres?

“—Lo siento, señora —contestó de mala manera—. Ellas deberían haber quedado aquí con sus hijos en primer lugar.

“Los niños comenzaron a llorar por sus madres mientras eran empujados a los camiones. Las mujeres que habíamos quedado tratábamos de consolarlos lo mejor que podíamos, pero teníamos nuestros propios hijos por los cuales preocuparnos. Llamé a mis muchachos y comencé a subir al camión con las niñas. Sí, todos estaban allí. Los camiones comenzaron a marchar. Podía ver a Sam, Najla, Bish, Nadim, y Raja, y allí estaba . . . ¡No! —¡Yousef! ¿Dónde está Yousef? —grité.

“—Oh —dijo Raja—, él me dijo que vendría. Tenía que arrojar la bolita una vez más para ganar.

“—¿Por qué no lo hiciste venir contigo? ¡Chofer! ¡Chofer! ¡Mi hijo menor! ¡El . . . él quedó atrás! ¡Vuelva, por favor! ¡Chofer! —yo estaba gritando histéricamente. No podría perder a Yousef. ¡Se parecía tanto a su padre, y su padre estaba muerto! Cayó en el campo de batalla. ¿No era suficiente un sacrificio para esa revolución?

“—Las órdenes establecen que no podemos volver —dijo el conductor con severidad.

“—¡Entonces pare y déjeme bajar! ¡Debo encontrarlo!

“—Ordenes son órdenes. Ud. no querrá que me vea en problemas ahora, ¿verdad? —me dijo con sarcasmo—. Además, si no se lo pone en otro camión, los judíos lo matarán o harán de él un kosher (chorizo).

“Busqué a Yousef en cada orfanatorio del Cercano Oriente, pero no lo encontré. Escribí a cada campo de concentración en Israel rogando que me devolvieran mi hijo, pero no se lo pudo encontrar”.

La abuela no pudo continuar y prorrumpió en profundos sollozos.

Yo apenas pude retener mis lágrimas.

Mi pobre abuela, una viuda con corazón quebrantado, nunca había tenido tiempo para quejarse. Otros cinco hijos habían necesitado de ella ropa, alimento, y cuidado.

Yo procuraba en vano encontrar palabras para consolarla. Finalmente, con corazón apesadumbrado, la besé con simpatía, mientras nuestras lágrimas se mezclaban al tocarse nuestras mejillas.

Mi sueño fue intranquilo esa noche. Mientras me daba vuelta y revuelta como un pequeño navío en un mar tormentoso, soñaba con un pequeño niño que apretujaba bolitas en sus manos y lloraba desconsoladamente.

Temprano a la mañana mi madre me despertó y me dijo cuáles eran los planes para el día.

—Nadia, yo iré de compras con tu tía Shadia esta mañana. Tendrás que limpiar la casa y ver que todos los ornamentos del arbolito de Navidad estén listos para colgar. El Sr. Clark dijo que traería el arbolito al mediodía. ¡Oh! ¡Casi me olvidé! Por favor, arregla las flores para el centro de mesa, querida.

Luego me dejó sola con mis pensamientos y mis tareas.

Mamá y la tía Shadia volvieron al mediodía. Así todos comimos juntos y charlamos acerca de vestidos y modas. Nuestra charla fue interrumpida por el timbre de la puerta de entrada.

—Yo atenderé —dije mientras corría hacia la puerta—. ¡Oh! —exclamé. Allí, para mi sorpresa, estaba el joven a quien había ayudado el día anterior. ¿Cómo me encontró? ¿Qué deseaba él? ¿Quién lo dirigió hacia aquí?

—Bueno, esto es verdaderamente una coincidencia —dijo con voz profunda—. ¿Es Ud. la hija de la Sra. Najla de Haddad? Yo . . .

—Sí, la voy a llamar —dije antes de que él pudiera terminar la frase y corrí hacia mi madre—. Mamá, hay un joven desconocido en la puerta que parece conocerte.

—Gracias, querida —respondió mi madre mientras se di-

rigía a la puerta para ver al extraño.

—Estás tan hermosa como siempre, Najla —dijo el joven.

—Pero, yo nunca . . .

—¡Najla! ¡Soy yo, Yousef, tu hermano!

—¡Yousef! ¡Oh, Shadia! ¡Mamá! ¡Hijos! ¡Vengan todos! ¡Rápido! ¡Oh, Yousef! ¡Qué inmensa alegría verte de nuevo! Casi no puedo creer a mis ojos —mamá gritaba sus órdenes y lloraba fuertemente.

La tía Shadia vino corriendo y también comenzó a llorar y a besar a su perdido hermano mientras la abuela cruzaba la pieza mirando a Yousef, atemorizada.

—¡Madre querida! —la emoción casi ahogó las palabras de mi tío mientras abrazaba fuertemente a la abuela.

—¡Yousef, mi hijo! ¡Bendito sea Dios! ¡Mi corazón está feliz otra vez! — Lágrimas de gozo rodaban por las mejillas de la abuela mientras sus ojos resplandecían de felicidad.

¡Qué reunión emocionante fue aquella de la familia junta! Lágrimas de gozo, risas felices y recuerdos queridos animaban la conversación acerca de los viejos tiempos de la vida en Jaffa. Luego Yousef comenzó a contarnos su historia de diecisiete años de orfandad.

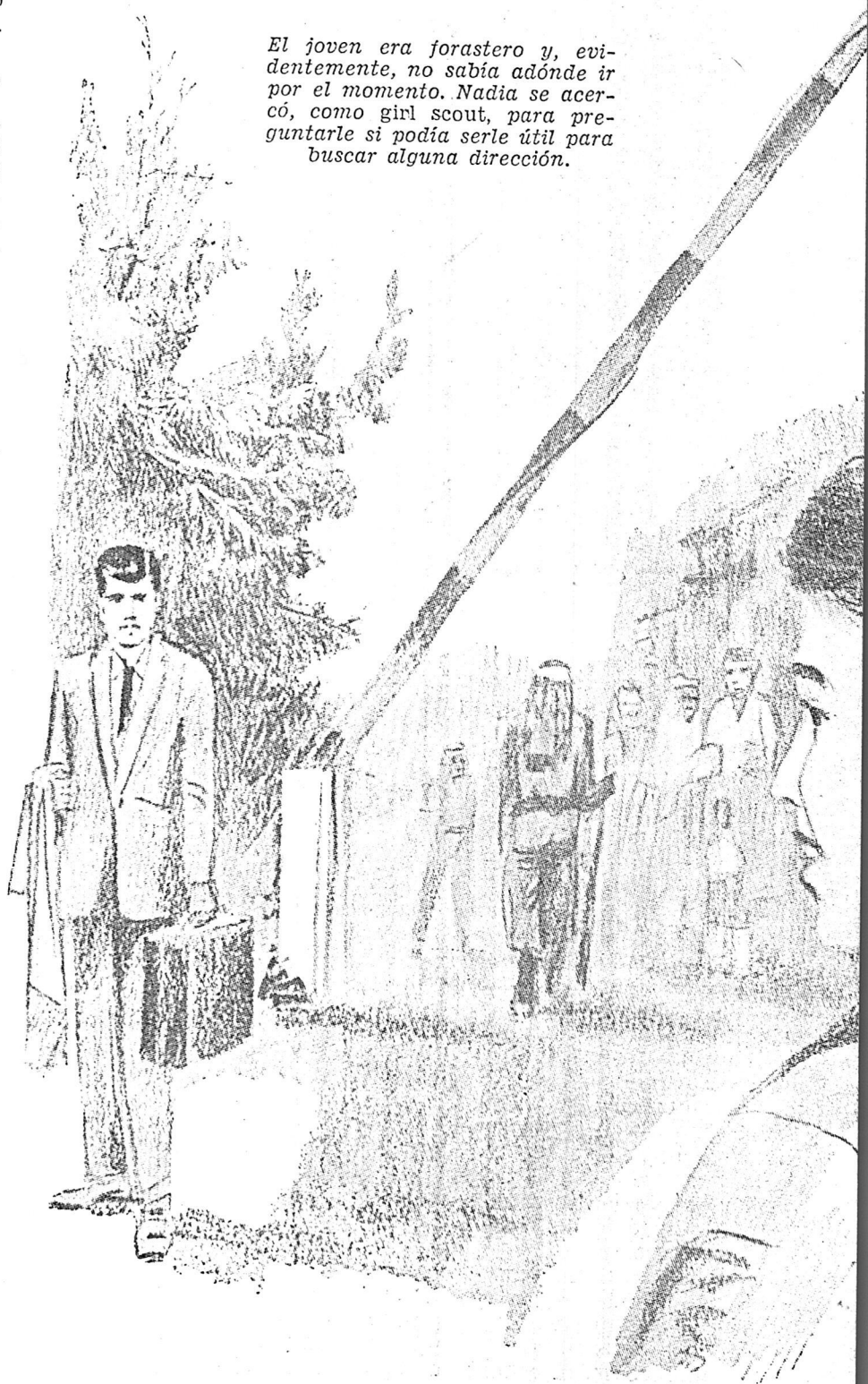
—Me costó un poco darme cuenta de que había quedado atrás, pero después que lo supe, volví a casa. Estaba desierta, silenciosa y sola como una tumba en un viejo cementerio. Me quedé allí durante esa noche, con el propósito de buscarlos bien temprano a la mañana siguiente.

“Por tres días caminé al azar. No tenía alimento ni agua, así fui a la casa de un agricultor, y le pregunté si podía darme alguna cosa para comer. La gente bondadosa escuchó mi historia, me ofreció su casa hasta que terminara la guerra y me dijo que me ayudarían a encontrar mi familia.

“Trabajé en el campo con el agricultor para pagar mi comida, y en el otoño me mandaron a la escuela. Estudié con ahínco, y en menos de cuatro años fui aceptado por la Universidad de Sorbona, en París. Como era muy pobre, conseguí una beca para estudiar leyes.

JUVENTUD

El joven era forastero y, evidentemente, no sabía adónde ir por el momento. Nadia se acercó, como girl scout, para preguntarle si podía serle útil para buscar alguna dirección.

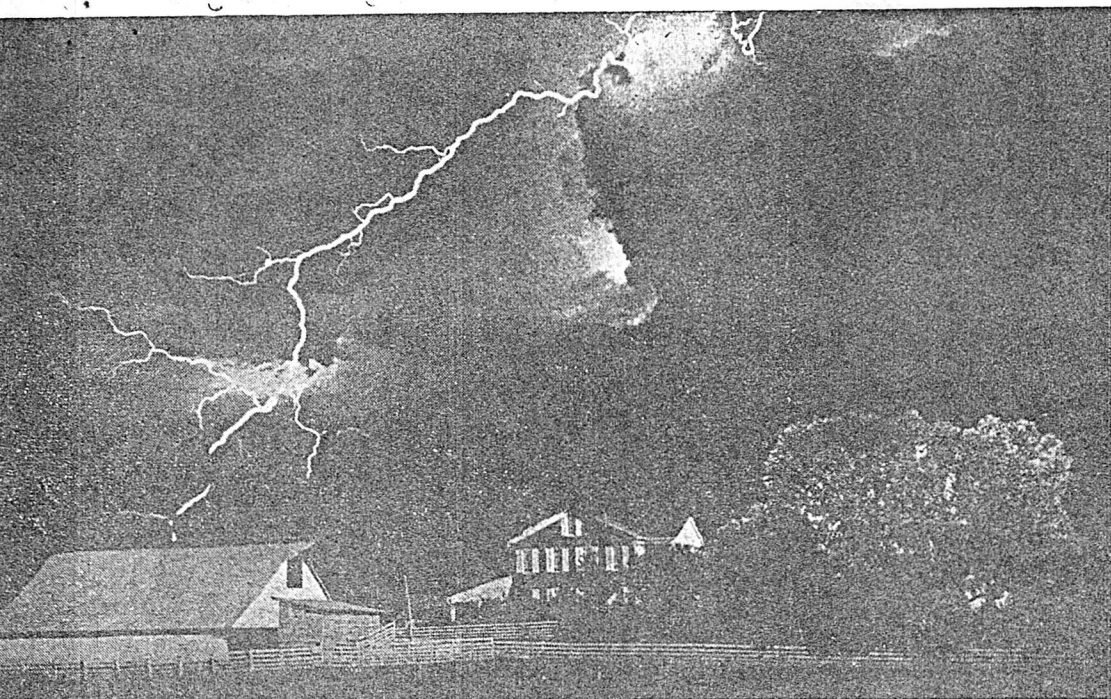


“El año pasado solicité una visa para venir aquí en Navidad, pero la solicitud me fue negada. Este año insistí, y tuve suerte.

“Por años traté de localizarte a ti y a Shadia, pero nadie me pudo dar alguna información. Pensé que quizás ustedes ten-

drían dificultades con las autoridades. Qué felicidad haberlas podido encontrar. Me siento muy afortunado de tener todavía mi familia”.

La Navidad de 1965 fue una que nunca podré olvidar, porque recibimos el mejor regalo de esa fiesta.=



Los truenos le producían un miedo pánico a la niña. Apenas se desataba una tormenta huía al lugar más oscuro de la casa, adonde la terrible luz de los relámpagos no pudieran alcanzarla.

CUANDO era niña, tenía un miedo terrible a los truenos. Me es imposible, aún ahora, explicar o entender el pánico irrazonable que se apoderaba de mí al solo signo de tormenta. El primer trueno me hacía correr adentro y esconderme en el primer ropero, bajo la cama, o en cualquier rincón oscuro donde la terrible luz de los relámpagos no podía alcanzarme.

Mis padres, reconozco ahora, deben haber sentido creciente desesperación por mi extrema nerviosidad, porque habían hecho arreglos para que yo hiciera una serie de consultas privadas con el ministro local, quien, siendo de la vieja escuela del fuego y el azufre, solamente sirvió para convencerme que yo era la niña más pecadora, y que la muerte en forma violenta no andaba lejos de mí.

Un verano, cuando tenía 12 años, sucedió algo que cambió mi personalidad entera. Vivíamos en una casa de campo bastante solitaria. Eran años difíciles, y aunque la sequía no nos había castigado tan fuerte como a los que vivían en la parte sur de la provincia, todavía, aquel verano en particular, las condiciones llegaron a ser bastante difíciles.

Los buenos pastos eran escasos, y nos vimos obligados a llevar nuestras diez cabezas a distintos lugares donde eran más abundantes. Con sus estómagos siempre vacíos, los animales estaban inclinados a esparcirse en busca de pastos y nosotros teníamos orden estricta de estar constantemente alerta. Una mañana, sin embargo, se esparcieron.

Hacía mucho calor, aunque era apenas algo más de las nueve de la mañana. Por primera vez, desde hacía muchas semanas se estaba formando una tormenta en el oeste. Escruté el horizonte con aprensión cuando salí con Rover, nuestro perro collie. Nada le gustaba más que correr por los bosques cazando conejos y ladrando fuertemente. De manera que aun con el perro yo estaba sola, me gustara o no.

EL

*cuida de
nosotros*

EVELYN LEES

Siempre me intrigó cuán rápida y misteriosamente pueden desaparecer las vacas. Escuché con toda atención para oír el sonido de sus cencerros. Repentinamente pude percibirlo, primero débil y lejano, luego más distintamente. Alcancé la cresta de una pequeña colina y me detuve con el corazón apretado por el temor. ¡No eran nuestros animales! ¡Había no menos de 25 cabezas, y a menos de veinte metros había un enorme toro que me miraba! Un escalofrío corrió por mi espalda al ver sus agudos cuernos. Se quitó una mosca con la cola y saltó; pero aunque contaba con pocos años, tenía suficiente experiencia como para darme cuenta que correr era una muy pobre solución para sortear el peligro.

Dándome vuelta comencé a alejarme mirando temerosamente atrás. Llamé al perro, pero estaba ladrando histéricamente a algunos animales pequeños, y no me oyó. El toro escarbó el suelo, lentamente, deliberadamente, al principio, y luego

JUVENTUD

con creciente furia, hasta que su enorme y terrible cabeza corneando vigorosamente la tierra casi se hizo invisible en una nube de polvo. Entonces corrí.

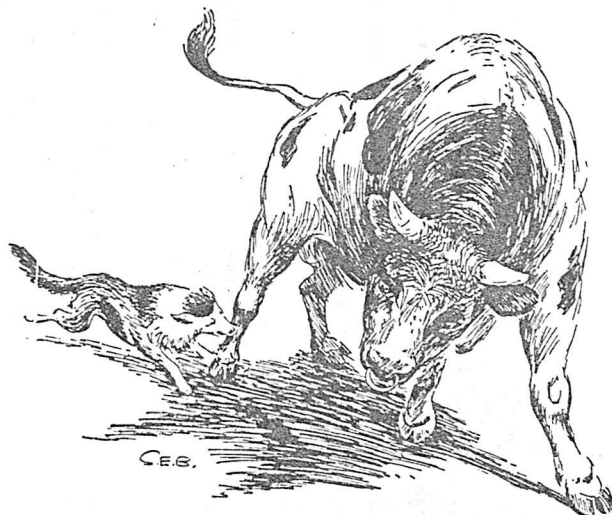
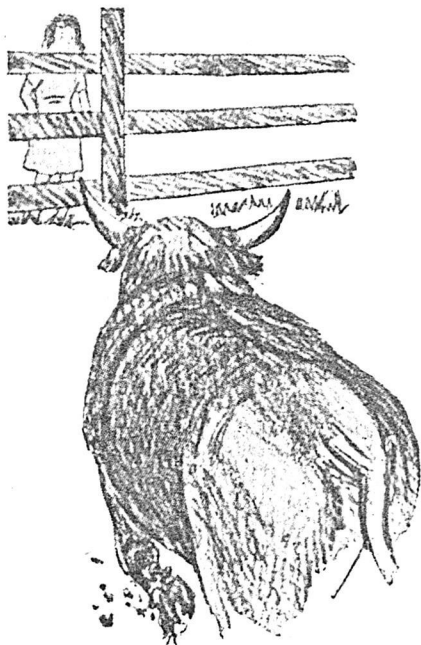
El aire me parecía opresivo, y el repentino sonido de un trueno me sorprendió. Hacia el oeste el cielo estaba casi negro, y sentí una gota de agua que cayó sobre mi nariz desde una nube errante que había en el cenit. Mi corazón latía con tal fuerza que casi no podía respirar, y sentí como si mi pecho iba a estallar. Sola y tropezando sobre el áspero y desnivelado suelo oré: "Si tengo que morir, Dios mío, haz que me mate un rayo. No permitas que me acornee el toro".

Una y otra vez, casi delirante de miedo, murmuré estas palabras. Estallaban los relámpagos, dejándome momentáneamente ciega, y al oír los truenos que le seguían me sobresaltaba de terror. Miré atrás, y el pánico se apoderó de mí cuando vi que el toro me seguía. Me olvidé aun de orar, y me lancé a correr como nunca lo había hecho antes. Ahora podía oír a todo el hato que me perseguía. Aterrorizada, imaginé que iba a morir bajo sus patas. Un brillante relámpago cruzó el cielo una vez más y el trueno que siguió pareció estremecer el mundo entero. No pude correr más.

Caí al suelo totalmente agotada. La lluvia era torrencial ahora, pero milagrosamente el hato no estaba ya cerca. Por el contrario, parecía vagar en todas direcciones para pastar. Estaba tan aturdida que apenas tenía fuerzas para estar agradecida. Ni aun para salvar mi vida podría haber dado un paso más.

Luego debo haberme desmayado momentáneamente. Sin embargo, algo me advirtió que

Ahora la cerca separaba a la niña del toro enfurecido. Sin embargo, todavía no estaba segura, pues el animal podría derribarla en una embestida.



El perro, que hasta ese momento había estado vagando lejos de su dueña, acudió a toda carrera en su defensa. Ladrando furiosamente descargó rabiosas dentelladas en las patas traseras del toro. Desconcertado y tratando de defenderse del perro, el animal se alejó a la carrera.

no todo andaba bien. Con un esfuerzo abrí los ojos y me di cuenta para mi horror que el toro no se había ido, como yo pensaba. Con la fuerza que da el terror, salté sobre mis pies e inmediatamente se lanzó detrás de mí. La tormenta había amainado algo y ahora sabía que no tenía oportunidad de escapar. Luego vi la cerca.

¿Podría alcanzarla? A toda costa tenía que hacerlo. Con un repentino y tremendo ímpetu el toro se lanzó sobre mí y antes de que tuviera tiempo de darme cuenta de lo que estaba sucediendo me sentí volar por el espacio. Percibí un dolor agudo en un costado y en ese instante oí ladrar furiosamente a mi perro.

El toro bufó de dolor y rabia, y me pareció pasar horas antes de que los animales se alejaran lo suficiente como para atreverme a levantarme.

Instintivamente sabía que no estaba malherida. Rover, tan distraído e irresponsable la mayoría de las veces, había llegado justo a tiempo.

El toro me levantó aparentemente engancho mi vestido y al pasar sobre la cerca el alambre de púa me hirió la pierna.

Ensangrentada, cansada, y empapada por la lluvia, me dirigí a casa. Nuestras vacas todavía estaban perdidas, pero yo estaba viva, y no había estado escondida en un oscuro rincón tampoco a pesar de los truenos y relámpagos.

Desde ese día en adelante, mi temor a los truenos fue disminuyendo gradualmente. Me di cuenta que si no hubiera sido por la tormenta, el toro me hubiera alcanzado antes de que llegara a la cerca. Mi madurez emocional mejoró grandemente aquel día.

Ninguno de nosotros está solo. Yo sé que mi desesperada plegaria, nacida del temor, fue contestada ese día en muchas maneras.

No podemos, no debemos vivir siempre con temor en nuestros corazones. Después de todo, tenemos un Padre que nos ama y tiene todo el poder del universo para guardarnos del mal. =

LA DROGA DE LA LOCURA

—¡ESTOY orgulloso de ti, hijo! —le dijo el padre a Alberto cuando éste se encontró con sus mayores después del acto de graduación de su colegio—. Te has ganado la medalla de atletismo y también una beca para seguir estudiando. Estoy realmente feliz.

—Eso no es nada, papá —respondió alegremente su hijo—. No hice más que correr lo suficiente para que no me atraparan los problemas, y estudié bastante para no ser calificado como una marmota.

—No está mal —le respondió su padre con un guiño—. Y es mejor que te mantengas corriendo.

—Por eso es que hemos decidido que debes tomarte una vacación primero —agregó su madre con una mirada llena de satisfacción y ternura para su hijo. Diciendo esto le entregó un sobre. Al abrirlo, Alberto exclamó:

—¡Pero, esto es demasiado! ¿Qué piensan que quiero hacer? ¿Comprar el puente de Brooklyn? El hermoso reloj que me dieron es más que suficiente.

Pero al dirigirse a la casa en el coche de la familia, los padres le explicaron que ésa sería su primera vacación sola de hombre soltero, para ir donde él quisiera y hacer lo que más le gustara. Podía ir a Acapulco, Hawaii, o donde le gustara.

Pero la respuesta de Alberto fue una pequeña cabina, construida de troncos de sequoia y en la punta de un promontorio que penetraba en el mar. Era nueva, limpia, y olorosa a bosque. Las ventanas que daban frente al mar eran fijas y fuertes, porque según le había dicho el locatario, a veces las olas altas podían dar contra ellas. Eso le entusiasmó a Alberto. La alquiló por un mes.

El joven no tenía un complejo de beatnik o hippie, y le encantaron las simples comodidades del lugar: la alcoba, la pe-

queña heladera, la cocina eléctrica, la pequeña pileta, las pulcras estanterías, con unos pocos platos, y la despensa. Contaba también con un teléfono, pero, como le explicó Alberto a su madre, en broma, "era solamente para informarte si me encuentro con un tiburón".

Rápidamente guardó sus provisiones, ordenó su equipo de buceo, sus remeras, y pantalones vaqueros y demás ropa necesaria para las vacaciones en un baúl grande que servía de asiento. Puso el pequeño auto a un lado de la cabina y su tobogán acuático apoyado en el otro extremo.

"Demasiada civilización" exclamó Alberto quitándose la ropa que traía y poniéndose la adecuada para su ejercicio. Bajó por la tosca escalera de piedras hasta la playa, una pequeña playa protegida por la curva de las rocas. La arena era blanca y muy fina. Había baja marea y una amplia playa de arena mojada invitaba a correr. Era un lugar ideal para continuar su entrenamiento y al mismo tiempo gozar del ambiente que lo rodeaba. Podía sentir bajo sus pies la fina y suave arena, y en sus pulmones el aire vigorizante que traía la brisa del mar, y ver las gaviotas blancas que volaban cerca y muy bajo.

Más allá de su propio refugio, la playa se extendía por una larga distancia, y no se veía ninguna otra casa en la orilla. Alberto era el atleta que sueña todo entrenador: un hombre que se mantiene entrenando todo el año.

Después del entrenamiento, Alberto se bañó, se hizo un sándwich gigante y se sentó a contemplar las estrellas que comenzaban a salir y la creciente marea que invadía la playa. "Este lugar es realmente encantador" dijo en alta voz, "y les voy a agradecer a mis padres por esta soberbia vacación

de verano". Diciendo esto, se comunicó con ellos.

Era casi el fin de la segunda semana cuando ellos vinieron a la pequeña playa en dos motocicletas y un auto. Dejando el auto y las motocicletas, los pasajeros bajaron lentamente a la playa que quedaba al pie de las rocas. Mirándoles desde la ventana, Alberto contó a siete: tres señoritas, cuatro jóvenes, aunque parecía difícil distinguir a las mujeres de los hombres. Todos, menos uno de los hombres, llevaban chaquetas negras de cuero y pantalones estrechos, de cintura muy baja, que conocieron mejores días. Las señoritas tenían la cabellera desgreñada, sucia por el viaje.

No eran tipos extraños para Alberto, porque los hippies habían invadido el colegio como otros lugares. Pero se sentía muy molesto, aunque sabía que no tenía razón para ello, que su propia playa fuera invadida por extraños. Bajando las escaleras fue a su encuentro.

—¡Hola, muchachos! —exclamó tratando de mostrarse amigable. Pero no recibió ninguna respuesta. Tres del grupo ya estaban acostados en la arena, con sus cabezas apoyadas en sus brazos. Uno estaba sentado aparte, tocando suavemente la guitarra con su cara casi completamente cubierta por su largo cabello. Otro tenía un tambor. Levantó la mano como si iba a batir el instrumento, pero alzó la vista y quedó mirando fijamente a algún objeto en el aire hasta que su cabeza se dobló lentamente para reposar sobre el tambor.

Los dos últimos estaban recostados contra una roca. El hombre tenía un rostro agradable, moreno, y el cabello más corto que los otros, de un her-

¿Está usted
tentado
a jugar
con el

LSD?

Antes
de hacerlo,
lea esta
verídica
historia
de horror
luz
de
si
la
el

¿Está usted
tentado
a jugar
con el
SD?

Antes
de hacerlo,
lea esta
verídica
historia
de horror,
luego
decida
si vale
la pena
el riesgo



moso color castaño. Pero sus ojos no tenían una mirada fija.

—Demos es mi nombre —dijo—. ¿Quieres unirme a nosotros?

La chica, cuyo rostro no se veía claramente a la luz crepuscular, le ofreció un cigarrillo hecho a mano.

—Gracias —respondió Alberto—, pero yo no fumo ninguna cosa. Soy corredor. Me llamo Alberto Judson.

—¡Qué tema para un artista novel! —dijo Demos—: “Toda la juventud norteamericana afronta a un grupo de degenerados”.

JUVENTUD

—Muy divertido —agregó la señorita con voz áspera—. Mi nombre es Lorli. Sus ojos eran verdes, como jade, y sus cabellos rubios, ásperos y sucios. Nunca había visto una joven tan terriblemente delgada. Cuando se dieron la mano le pareció estrechar la de un esqueleto.

—Eres todavía un muchachito, ¿no? —le dijo burlonamente—. Pero los nenes crecen hasta ser hombres . . . algunas veces—. Alberto dejó caer la mano de ella, y una ola de rabia le quemó el rostro.

Demos saltó sobre sus pies. Parecía el único del grupo que tenía alguna energía.

—Tenemos que continuar, Alberto. Debemos estar en una reunión dentro de poco. Queremos hacerte una visita, a la noche, de aquí a una semana. Ninguno de nosotros estará de “viaje”, y tú podrás oír alguna buena música. Pienso que tienes algunas ideas equivocadas respecto a nosotros y quiero explicarte algunas cosas.

—¿Por qué? —preguntó Lorli con voz helada—. ¿Desde cuándo tú gastas tiempo en gente anticuada?

—¡Yo no pienso gastar tiempo en nadie, especialmente en ti! —respondió Demos con los ojos iluminados por un odio glacial. Habló unas pocas palabras en un lenguaje duro y extraño, y Lorli respondió con palabras que tenían un sonido sibilante.

—De aquí a una semana estará bien —dijo Alberto brevemente, deseoso de que se fueran cuanto antes. Llamó a su casa por teléfono para saludarlos y hablarles de las extrañas visitas que habían llegado hasta ese lugar solitario, y que volverían dentro de una semana.

Los días pasaron rápidamente y vino otra vez el fin de semana. La luna llena brillaba en todo su esplendor y el mar presentaba un oleaje perfecto para el surf, ¡y sin embargo él estaba atado a un grupo de indeseables! Pero, para hacer honor a su compromiso, había preparado un plato de sándwiches, un recipiente de maníes salados y bebidas gaseosas frías.

— — —

La apariencia de sus invitados lo sorprendió. Eran las mismas personas, pero todos parecían estar frescos, no drogados y habían hecho un esfuerzo para presentarse limpios. Al menos, se habían pasado el peine por sus cabellos, y habían usado jabón para sus manos y sus rostros. El del tambor había traído varios tambores y tocaba primero uno, luego el otro, siguiendo el ritmo del océano. El guitarrista improvisó un tema para acompañar a los tambores, y los otros, excepto Demos y Lorli, cantaban suavemente. Ninguno parecía haber tomado alguna droga.

—Esta gente son verdaderos artistas —dijo Demos—, y un rayo de luz se reflejó en el pequeño aro circular de oro que llevaba en una oreja.

—Son músicos, pintores, compositores, escritores. Por medio del LSD se están liberando a sí mismos de la pesada carga que nosotros llamamos vida. Están experimentando las maravillas de planos superiores para enriquecer su arte.

—¡Eso es lo que Uds. dicen, Demos! —replicó Alberto con energía—. Pero ninguna droga puede redimir al hombre. Por el contrario, lo destruye como

persona. Y te voy a decir una cosa: uno no se puede dar el lujo de drogarse sin pagarlo bien caro. Uds. huyen de la vida en vez de hacerle frente.

—¡Ya te lo dije! —dijo con odio Lorli—. Pero no me quisiste escuchar. Ahora hay una sola manera en que podemos enseñarle.

La pareja se miró significativamente. Alberto se arrepintió de haber sido demasiado franco, porque no quiso ser descortés con sus visitantes.

—Les pido disculpas por haber sido un poco duro —le dijo—. Pero la verdad es que las drogas no hacen bien a nadie.

Alberto extendió su brazo derecho sobre el respaldo del asiento en que estaba. Los tambores adquirieron un nuevo ritmo, más fuerte y rápido. Repentinamente sintió un agudo y doloroso pinchazo en el lado interno del brazo extendido. Dando vuelta rápidamente la cabeza, vio la aguja de la jeringa en las manos de Demos.

—¿Qué me has hecho? —gritó Alberto—. ¡Dime lo que me has hecho!

Sólo le respondió una risa burlona y eso fue lo último que oyó de sus visitantes. Ahora estaba solo en la cabina y una gran masa gris, amenazante, lo iba encerrando de todos lados. Tambaleante salió de la cabina, bajó los escalones de piedra y cruzó la franja de arena. ¡El océano! Era lo único que podría ayudarlo. Lo único que podría quitarle el veneno de su sistema y el fuego de sus venas. Se arrodilló y sumergió sus brazos en el agua. ¿Pero qué había sucedido con el mar? ¡Eso no era agua, sino un inmenso depósito de sangre que se agitaba! Sacó sus brazos del agua y vio que un líquido oscuro y horroso corría sobre sus brazos desnudos. Retrocedió del océano, levantó la cabeza y vio la luna alta en el cielo como si fuera de vidrio sucio y con pequeñas manchas que se movían sobre ella. ¡Eran millones de insectos! Se precipitaron como una avalancha sobre él. La masa compacta de polillas lo rodeó por todos lados y penetraban en sus oídos, su nariz, y llegaban hasta sus pulmones. Por más que luchaba contra ellas, las polillas seguían entrando en su

cuerpo, y más y más seguían bajando del cielo.

Se quitó la ropa a pedazos y se vio convertido en un monstruo hecho de inquietas y repugnantes polillas. Su cabeza estaba hecha de una masa sólida de ellas. Se arrancó un pedazo del cuero cabelludo solamente para hacer más lugar a las polillas. Ahora gruñía y gritaba como un animal salvaje. Su último refugio, puesto que el mar no le daba ayuda, era su cabina, pero la masa de polillas dentro de ella era tan compacta que tuvo que emplear todas sus fuerzas para abrir la puerta.

A esa misma hora, los padres de Alberto estaban sentados en la terraza para gozar de la luz de la luna y el fresco de la noche. Pero se sentían algo solos sin la compañía de su hijo. Una extraña inquietud comenzó a posesionarse de la Sra. de Judson cuando recordó la llamada de su hijo hecha una semana antes.

—No puedo dejar de pensar en Alberto —dijo con un profundo suspiro—. Esa gente extraña de la cual me habló la semana pasada me tiene preocupada.

—¿Lo llamamos, señora? —preguntó el padre—. No está dentro de lo convenido, porque quedamos en que lo dejaríamos solo. Pero puede ser que tengas razón. Lo llamaré.

Mientras Alberto luchaba por entrar en la cabina, el insistente sonido de la campanilla del teléfono hirió su conciencia. La llamada, agregó más miseria a su sofocación. Se dirigió tambaleante hacia la pared donde estaba el teléfono y de un manotón lo arrancó de la horquilla, ahora podía concentrarse otra vez en la lucha contra las polillas. De repente, pensó encontrar la solución. Sabía justamente lo que tenía que hacer: Tomar una hoja de afeitar y cortar su piel y su carne. De esa manera podrían salir las polillas de su cuerpo. Encontró una hoja y comenzó a cortarse. La sangre empezó a cubrir su cuerpo.

—¡Hola! ¡Hola! —llamó el padre de Alberto intrigado por los sonidos que oía—. ¿Estás allí, Alberto? ¿Qué pasa? —Entonces, con atención escuchó ru-

gidos y gritos salvajes en los cuales le pareció reconocer la voz de su hijo. Finalmente colgó el teléfono, con una expresión grave y preocupada.

El Sr. Judson era un hombre de influencia en la comunidad. En cuestión de pocos minutos llegó el médico de la familia a su casa y también un convoy de motocicletas de la policía, y una ambulancia. Con la sirena sonando a todo volumen, avanzaron a toda velocidad y en un tiempo increíblemente corto llegaron a la cabina. Estaba oscura, pero no silenciosa. Gemidos y gritos ultraterrenos provenían de ella. Con los revólveres listos para disparar y una poderosa linterna los policías se aprestaron para entrar aunque fuera por la fuerza, si era necesario, pero la puerta estaba abierta. Entraron seguidos inmediatamente por el médico y el Sr. Judson. La Sra. de Judson estaba en un estado de shock y era atendida por una persona de la dotación de la ambulancia.

Los hombres trataron de localizar el punto de donde provenían los gemidos y gritos, cuando repentinamente Alberto se puso de pie delante de ellos con su cuerpo cubierto de grandes tajos y abrasiones, un pedazo de su cuero cabelludo arrancado y una hoja de afeitar ensangrentada en una mano. Una simple mirada a sus ojos vidriosos mostró que estaba completamente fuera de razón. No dio evidencias de reconocer a su padre, ni al médico de la familia, ni a ninguna persona en la pieza. Sus ojos estaban intensamente fijos en alguna cosa espantosa en el aire. Se dirigió tambaleante hacia ella, gritando. Luego, repentinamente, su cuerpo cedió y cayó sobre el piso. El Dr. Bixby avanzó rápidamente hacia él. Extrajo algo de su maletín y dijo:

—No puedo hacer otra cosa sino darle un poderoso narcótico. Está en un estado de manía violenta tal que no podría ser dominado en la ambulancia. Debemos llevarlo urgentemente al hospital o se va a desangrar completamente y morir.

El personal de la ambulancia lo llevó hasta la carretera en una camilla. El Dr. Bixby examinó rápidamente la pieza; se

detuvo en el asiento donde había estado Alberto y con un pañuelo limpio levantó una jeringa vacía y una pequeña cápsula plástica con restos de su contenido. Mostrándolos a la policía, dijo:



Las drogas alucinógenas distorsionan el concepto de tiempo y espacio y alteran la sensibilidad del individuo.

—La clínica los analizará para descubrir impresiones digitales en la jeringa y determinar la droga que se usó.

Durante toda la noche el padre quedó sentado frente a la puerta de la pieza de su hijo. Su esposa dormía bajo los efectos de un sedante en una pieza contigua. Los mejores especialistas en toxicología trabajaban sin descanso sobre Alberto, pero no se producía ninguna novedad. Al amanecer, la puerta se abrió y un hombre delgado, vestido de blanco y con rostro serio, se dirigió a él.

—¿El Sr. Judson? —el padre asintió, y el médico lo tomó por un brazo y lo llevó a un pequeño vestíbulo—. Aquí podremos conversar sin ser molestados —dijo el médico. Apenas se sentaron, el facultativo agregó:

—El informe de laboratorio muestra que la droga usada es la que comúnmente se llama LSD. Sólo desde hace muy poco

tiempo se lo usa en solución y se lo inyecta directamente en la vena. ¿Su hijo es zurdo?

—No. ¿Por qué?

—El pinchazo está en el brazo derecho, justamente debajo del codo. Solamente un hombre zurdo podría inyectarse en la vena de su brazo derecho con la precisión que muestra este caso. Se tomarán las impresiones digitales que haya en la jeringa y en la cápsula que encontró el Dr. Bixby. Hasta que su hijo pueda decir lo que pasó, no tenemos otros indicios sobre los cuales trabajar. Pero puede estar seguro que la policía removerá cielo y tierra. Para su propia seguridad será necesario internarlo.

—¿Internarlo? ¿En un asilo público? ¡Nunca!

—Sr. Judson, comprendo perfectamente su reacción, pero no hay otro lugar que pueda ofrecer seguridad a su hijo. El LSD produce una manía violenta. El puede tratar de matarse a sí mismo. Cada vez estamos tratando más casos de locura producida por el LSD y todavía no sabemos si produce daños en el cerebro, si hay recurrencia, o si hay una completa cura.

El padre lanzó un gemido y se apretó los puños.

—Su hijo tiene una constitución maravillosa; ha llevado una vida ordenada e higiénica. Tengo esperanzas de que se recupere, pero no puedo prometer nada. Esta droga infernal ha tenido algunos buenos propagandistas. Se la ha considerado inofensiva y un sustituto del alcohol y las otras drogas. Muchos jóvenes se han dejado engañar y han pagado cara su experiencia. Como profesional, me he impuesto el deber de luchar con todas mis energías contra este terrible enemigo.

Siguió un largo silencio. El Sr. Judson, embargado por el dolor, no podía hablar. Luego se puso de pie con energía.

—Soy dueño de un diario local y de una estación de televisión. Son suyos para lo que Ud. disponga. Si necesita dinero, cuente conmigo. Cuente también con mi influencia personal. La maldita droga debe ser eliminada—. Y mientras las lágrimas rodaban sobre su rostro demacrado extendió su mano para sellar ese pacto de humanidad con el médico. =

UNO de los más altos atributos del hombre, que lo jerarquizan entre los seres de la creación, es el de la libertad. Dios formó al ser humano a su imagen y semejanza, y como tal lo constituyó en un agente moral libre, dotado de albedrío propio y de la facultad de tomar determinaciones.

Hay personas a quienes preocupa la pregunta de por qué Dios creó un hombre capaz de pecar, de descarriarse del buen camino, de desobedecer la Ley moral, siendo que tal desobediencia ha producido todo el dolor y el mal que existe hoy en nuestro mundo. Alegan que si el Creador hubiera dado existencia a una raza que no pudiera hacer otra cosa sino manifestarse fiel a la rectitud y la justicia, se habría ahorrado toda la historia del pecado con sus lamentables consecuencias.

Pero esto habría significado crear a un ente autómatas, y no a un ser humano con la dignidad y la jerarquía que le pertenecen, capaz de adorar a Dios por decisión propia, en forma inteligente y voluntaria. Ningún padre anhela que sus hijos sean débiles mentales, consolándose con la idea de que no le darán trabajo y obedecerán al pie de la letra sus instrucciones; antes al contrario, desea tener hijos sanos, bien constituidos, vivaces, inteligentes, despiertos, con capacidad e ingenio aun a costa de que corran el riesgo de desobedecer y hasta de descarriarse en la vida.

Por eso Dios hizo al hombre libre. Y esta condición de libertad tiene su expresión en la maravillosa facultad que Dios implantó en todo ser humano, y que se denomina voluntad, la cual le permite decidir, resolver. Se trata de una facultad soberana, que nada ni nadie puede violar, y que nos hace posible escoger el curso de nuestra conducta. En este sentido, el hombre es eminentemente libre.

Así, cada uno de nosotros decide su propio destino, y es el arquitecto de su propio carácter. El carácter es la cosecha



*"Mira, yo he puesto delante de ti hoy
la vida y el bien, la muerte y el mal..."*

Una **DECISION** que conduce a la dicha

DR. FERNANDO CHAIJ

de la vida. Y la vida no es sino una sucesión de decisiones tomadas por el hombre en base a la libertad de que está dotado, por el ejercicio de su voluntad.

En las Sagradas Escrituras, donde se plantean y se resuelven todos los grandes problemas del alma, se establece con toda claridad la libertad del hombre

y la admirable facultad de su voluntad. Según lo registra San Juan en el último libro de la Biblia, Cristo dice a su iglesia y a cada hombre en particular: "He aquí, he dado una puerta abierta delante de ti, la cual ninguno puede cerrar".⁽¹⁾ Esta puerta puede ser el símbolo de nuestra libre voluntad, la que,

Cada decisión que tomamos contribuye a modelar nuestra personalidad y a determinar nuestro futuro. Son como los golpes del cincel que esculpen la piedra, o los toques de la espátula que trabajan una escultura. Toda decisión redunda para bien o para mal de nosotros mismos o de los demás.



bien empleada, nos conduce al glorioso destino de la salvación y de la vida eterna.

Nadie puede cerrar esta puerta sino el hombre mismo. En este campo el ser humano es un soberano indiscutido, y ejerce un imperio inalienable sobre sus decisiones. Ni Dios mismo franquea esta puerta por la fuerza, obligando al hombre a aceptarle contra su deseo.

El Señor se presenta ante el umbral del corazón humano como un suplicante, solicitando una voluntaria admisión: "He aquí —dice Jesús— yo estoy a

la puerta y llamo: si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo".⁽²⁾ Cuando los artistas materializan en la tela esta hermosa escena de Jesús llamando a la puerta del corazón, no colocan ningún picaporte en la parte exterior. Es el hombre el que ha de abrir. Es la voluntad individual la que debe resolver si quiere recibir la regia visita de nuestro mejor Amigo, de nuestro Redentor, quien viene con todas sus maravillosas bendiciones. Dios no puede salvar al hombre contra

su deseo: necesita el concurso de su voluntad.

He aquí cómo el Señor planteó el problema del libre albedrío y la trascendental importancia de una correcta decisión individual: "Mira —expresa Dios por boca de su siervo Moisés— yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal: porque yo te mando hoy que ames a Jehová tu Dios, que andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos y sus estatutos y sus derechos... A los cielos y la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición: *escoge pues la vida*, porque vivas tú y tu simiente".⁽³⁾

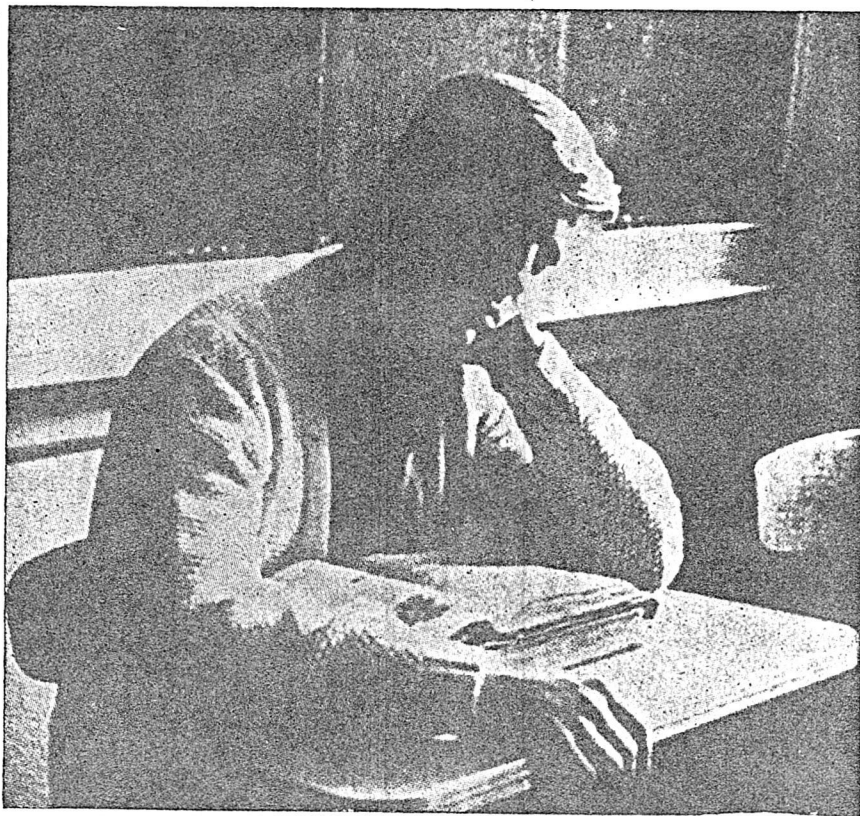
De este pasaje se desprende claramente el hecho de que la obediencia a los mandamientos, preceptos y estatutos de Dios proporciona la vida y la felicidad, y la desobediencia acarrea la muerte, la desgracia y la perdición. Por eso el Señor ha puesto delante de nosotros los dos caminos, y su fervoroso y paternal consejo es: "Escoge pues la vida".

Un autor de honda experiencia cristiana definió la voluntad y puntualizó su importancia en los siguientes términos: "Lo que debéis entender es la verdadera fuerza de la voluntad. Este es el poder de decisión o elección. Todas las cosas dependen de la correcta acción de la voluntad. Dios ha dado a los hombres el poder de elegir: es de ellos el ejercerlo.

"No podéis cambiar vuestro corazón, ni dar por vosotros mismos sus afectos a Dios; pero podéis elegir servirle. Podéis darle vuestra voluntad, para que él obre en vosotros tanto el querer como el hacer según su voluntad.

"De ese modo vuestra naturaleza entera estará bajo el dominio del Espíritu de Cristo, vuestros afectos se concentrarán en él, y vuestros pensamientos se pondrán en armonía con él".⁽⁴⁾

Antes de tomar una decisión debemos pesar sus consecuencias, hasta donde nos sea posible. Pero no debemos cometer el error de permanecer indecisos por temor a los resultados de la misma. Es mejor equivocarse que abstenerse de tomar una decisión.



Jesús está en condiciones de resolver todos nuestros problemas y se halla deseoso de hacerlo. El nos reconcilia con Dios y con nuestros semejantes, perdona nuestros pecados, nos justifica, nos libera de nuestras angustias, nos otorga la paz y

el gozo, transforma nuestro corazón, nos hace felices y nos concede la garantía de la vida eterna.

Pero para poder beneficiarnos con estas inmensas bienaventuranzas necesita Cristo el concurso de nuestra voluntad.

Pide acceso a nuestra vida. Debe contar con nuestro sincero deseo y nuestra determinación de aceptarle, seguirle y obedecerle con lealtad.

Como el barro en la mano del alfarero, hemos de ser cerámica dócil en manos del gran Artista del cielo.⁽⁵⁾ Si la presencia del pecado, elemento extraño a la felicidad y a la justicia, nos ha convertido en un vaso roto sobre la rueda, Dios tiene la capacidad de volver a amasarnos para hacernos de nuevo, como vaso perfecto, según su concepción original.

Lo único que necesita es nuestra disposición voluntaria a permitir que sus divinas manos nos modelen a su semejanza, restableciendo en nosotros la imagen divina troncada por el pecado.

La salvación y la felicidad son para todos. En los eternos propósitos divinos no hay seres privilegiados. El Evangelio ofrece sus provisiones no sólo para personas de temperamento especial, particularmente bien dispuestas hacia lo religioso, sino a todo hijo de Adán, por desfavorable que sea su fondo o por negativas que sean las perspectivas de su vida.

San Pablo expresa al respecto: "La gracia de Dios que trae salvación a todos los hombres,

DESDE EL PROXIMO NUMERO...

Usted podrá viajar por una de las regiones más inhóspitas y primitivas del planeta. Un mundo ignorado dentro de nuestro mundo.



Una isla sumergida en las brumas de la leyenda y el mito, habitada por tribus que no conocían la rueda, ni jamás habían visto un hombre blanco o una lámina impresa.

Podrá asistir a la preparación y celebración de una fiesta canibal, con manjares a base de cerebro humano. Descubrirá costumbres y usos nativos que lo dejarán más que asombrado.



se manifestó".⁽⁶⁾ Todos los seres humanos están abarcados por la eficaz y abundante gracia salvadora de Dios. Y San Juan agrega: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que *todo aquel que en él cree*, no se pierda, mas tenga vida eterna".⁽⁷⁾

Dios reitera este concepto a través de la pluma del profeta Ezequiel, quien escribió: "Diles: Vivo yo, dice el Señor Jehová, que no quiero la muerte del impío, sino que se torne el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos: ¿y por qué moriréis, oh casa de Israel?"⁽⁸⁾ Ningún hombre necesita perderse, pero para salvarse debe tornarse de sus malos caminos. Ejercitando su voluntad, debe resolver que dará la espalda al mundo y aceptará a Cristo, concediéndole el lugar que le corresponde en su vida.

"Escoge, pues, la vida". "He aquí estoy a la puerta y llamo". Estos son los cariñosos consejos que Dios nos da. Y los completa con este pedido tan paternal, tan lleno de afecto por nosotros: "Dame, hijo mío, tu corazón".⁽⁹⁾

¿Para qué quiere nuestro corazón? Desea purificarlo, anhelar transformarlo, quiere llenarlo de gozo y felicidad. Ansía darle su toque mágico y renovador, para convertirlo de corazón de piedra, duro, frío, lleno de pecado, en un corazón de carne, calentado y enternecido por el amor de Dios.

Una helada mañana de Navidad en Londres, en un barrio de la ciudad, cerca del Támesis, un músico callejero tocaba con todo empeño su violín. Su rostro escuálido reflejaba las huellas de la necesidad. Sus ropas raídas eran un testimonio de su pobreza. Ese día todo el mundo estaría festejando alegremente la Navidad al calor del hogar y con mesas abundantemente servidas. Por eso tenía la esperanza de que algunas ventanas se abrieran para arrojarle las monedas que necesitaba para comprar sus alimentos.

Pero pasaba el tiempo y nada ocurría. Aquella música parecía que no hacía vibrar ninguna cuerda de simpatía en los corazones.

De pronto, dos hombres de aspecto distinguido que transitaban por la calle solitaria, se detuvieron para observar y escuchar. Un instante después, inició el diálogo uno de los transeúntes con el mendigo músico:

—Amigo, ¡qué malo está el día! ¡Hace mucho frío!

—Es cierto. El día está muy frío; pero más fríos están los vecinos de aquí que no abren sus ventanas para auxiliarme con algún dinero. Tengo mala suerte.

—Toque Ud. de tal manera que la gente no pueda sino abrir las ventanas.

—Hago lo que puedo, señor —contestó el violinista.

Después de una breve pausa, el transeúnte exclamó:

—¿Me permite su violín un momento?

Demoró unos instantes en afinarlo, y de inmediato comenzó a tocar. Aquel instrumento pareció cobrar nueva vida en manos del forastero. Este arrancaba de sus cuerdas melodías maravillosas que dejaron boquiabierto al ejecutante callejero. Pronto comenzaron a abrirse las ventanas, aparecían las cabezas y las monedas caían abundantes. El acompañante del que ahora tocaba levantaba las monedas y se las ponía en el bolsillo al dueño del violín quien no salía de su asombro.

Por fin, en medio de su estupor, atinó a preguntar:

—¿Quién es el que toca?

—Se llama Paganini —fue la lacónica respuesta.

Era el mismo violín barato, pero afinado y tocado por la mano del maestro resultó transformado; parecía tener nueva vida; y de sus cuerdas surgía una música conmovedora.

El Maestro divino nos pide nuestro corazón. Su toque milagroso infundirá en él nueva vitalidad. Será transformado por su gracia. Sepa cada uno responder al llamado del Maestro para poner en sus manos su vida, y cosechará paz, felicidad y salvación.=

(1) Apocalipsis 3: 8. (2) Apocalipsis 3: 20. (3) Deuteronomio 30: 15-19. (4) Elena G. de White, *El Camino a Cristo*, pág. 48, ed. 1949. (5) Jeremías 18: 1-6. (6) Tito 2: 11. (7) S. Juan 3: 16. (8) Ezequiel 33: 11. (9) Proverbios 23: 26.

Sabrá por qué la tribu de los Waf no tenía frato con la de los Bora Bora. Y por qué los muguidiya buscaban el paraíso perdido. Hace menos de diez años.

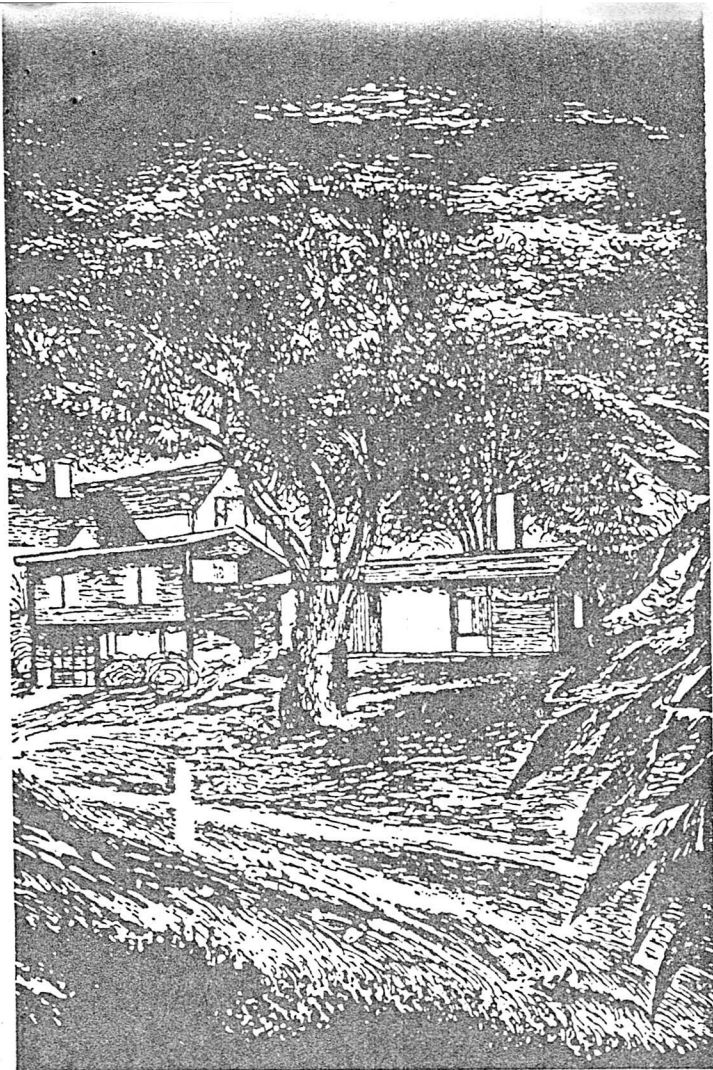


¿Oyó alguna vez hablar de Marite, o del dios Nemfoh?

A partir del próximo número JUVENTUD le ofrecerá la serie titulada "La isla de los hombres olvidados", en la cautivante narración de T. A. Davis, sobre los años intensamente vividos allí por Gottfried Oosterwal, misionero y antropólogo.



UNA SERIE DONDE LO REAL SUPERA A LA FICCION



El Misterio de la CASA EMBRUJADA

E. R. ELKINS

ERA avanzada la primavera del año 1860. El maestro de una pequeña escuela de Nueva Inglaterra ordenó a sus alumnos que no salieran del aula porque el patio estaba mojado y podrían embarrarse.

Así, durante el recreo, se reunieron alrededor de Timoteo, un muchacho de los últimos grados. Los alumnos más pequeños escuchaban su relato con los ojos dilatados y la boca abierta. Pero los de mayor edad se mostraban escépticos.

Esa tarde, cuando terminaron las clases, dos de los alumnos mayores del último grado, Guillermo y Roberto, caminaron juntos hacia sus respectivas casas.

—Oye, Roberto, ¿qué piensas del relato de Timoteo acerca del fantasma de la casa abandonada de la colina?

—En cierto modo, pienso que debe haber algo de verdad en eso —respondió Roberto pasando sus libros de su brazo izquierdo al derecho mientras caminaba—. He oído que esa casa está realmente embrujada. Quiero verla por mí mismo antes de decir lo que pienso.

Guillermo puso su mano firmemente sobre el hombro de su amigo.

—He estado pensando en eso toda la tarde. No hay ninguna razón para que nosotros no fuéramos a ver, ¿no te parece? Oíste que Timoteo dijo que el fantasma había aparecido dos noches seguidas. No hay ninguna razón para que no aparezca esta noche. ¿Te animas a ir conmigo a investigar?

—¡Seguro! ¿Por qué no? Será una buena aventura. Puedo ir a tu casa esta noche y de allí ir juntos. ¿A qué hora?

—Ven justo antes de la entrada del sol y así podremos salir antes de que sea demasiado oscuro para ver nuestro camino. Dicen que el fantasma no aparece durante el día, y así no necesitamos estar allí antes del oscurecer.

—Perfecto, Guillermo. Te veré esta noche. Hasta luego.

Los muchachos habían llegado al punto en que debían seguir sendas separadas para llegar a sus respectivas casas. Esa tarde, Guillermo encontró más tareas que realizar de las que había esperado. Como había estado lloviendo varios días, y el tiempo estaba húmedo, su madre quería una buena provisión de leña en la cocina. Guillermo hizo varios viajes hasta la pila cubierta para llenar los cajones de la cocina y del hogar de la sala.

Mientras realizaba esa tarea, miraba ansiosamente el reloj para terminar todo antes de la hora de la cita con su amigo. Cuando el viejo reloj dio las seis, la hora de la cena de la familia, se apresuró a ocupar su lugar en la mesa después de higienizarse.

—¿Qué te pasa esta noche, hijo? ¿No te sientes bien? —le preguntó su madre al ver que Guillermo había comido tan poco—. Generalmente te sirves mucho.

—Me siento muy bien, mamá —le contestó sirviéndose una rebanada de pan para untarla generosamente con jalea de frutilla. Lo que pasa es que estoy pensando en lo que Timoteo nos dijo acerca de la casa embrujada de la colina, y nosotros, esto es, Roberto y yo queremos ir después de la cena y ver si eso es cierto.

—¿Qué dijo Timoteo? —preguntó la madre con curiosidad.

—Bueno —respondió Guillermo aclarando la voz—, parece que mucha gente ha

JUVENTUD

Los dos amigos habían decidido ir esa noche hasta la casa embrujada por el camino que pasaba cerca de ella, y que atravesaba una zona arbolada. Estaban seguros de poder explicar el fenómeno.

visto una luz misteriosa de noche cerca de la casa embrujada. Algunos dicen que está realmente embrujada. Pero ustedes siempre me han dicho que no hay cosas tales como fantasmas, aparecidos y cosas por el estilo. Así Roberto y yo queremos ir y ver qué hay en la casa. Roberto va a llegar de un momento a otro. No hay inconveniente de que vayamos, ¿verdad?

—Bueno —respondió la madre riendo—, supongo que no hay ningún inconveniente de que ustedes vayan, pero desde ya les digo que todo lo que encontrarán será la luz de sus linternas reflejada en las ventanas. En realidad, una luz en la noche puede jugarle algunas tretas a la gente.

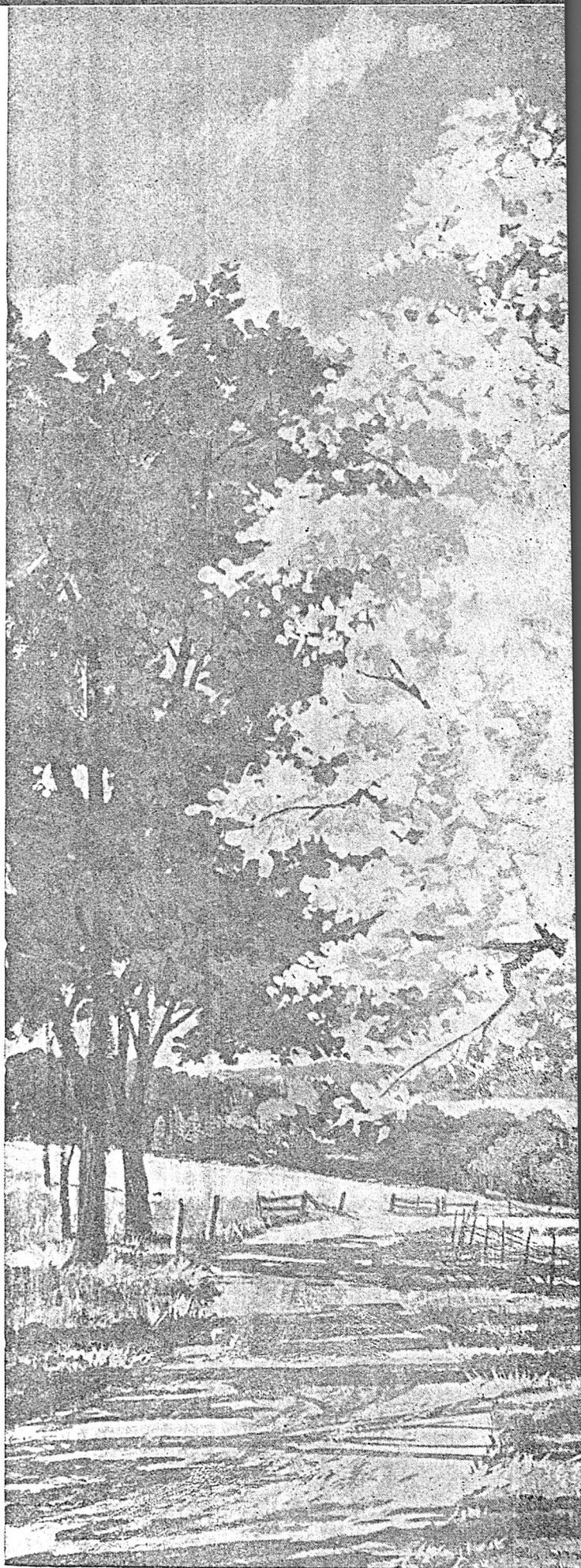
El padre levantó la mano, lo cual era señal de que los demás debían guardar silencio.

—No, mamá. Esa luz de la casa no es causada por la luz de alguna linterna reflejada sobre las ventanas. Yo he oído algunas cosas misteriosas de ese lugar. Hoy mismo el Sr. Bernard me dijo que vio la luz anoche y anteanoche justo después de la lluvia. Me aseguró que no llevaba ninguna linterna y no tenía necesidad de ella tampoco, porque los fantasmas del lugar tenían suficiente luz.

—¡Pero, papá! ¡Qué cuento! Tú sabes que siempre les hemos enseñado a nuestros hijos que los fantasmas son solamente una leyenda. ¡Y ahora tú hablas de ellos como si pensaras que realmente existieran!

—Bueno, mamá, los hechos son hechos. Tú lo sabes —sentenció el padre. Tomó un sorbo de leche y después de dejar el vaso sobre la mesa agregó—: Por supuesto, yo no he visto por mí mismo esa luz, así no estoy realmente seguro de que exista, pero el Sr. Bernard es un hombre serio y confiable. Nadie ha dudado nunca de su palabra. Me dijo que hace dos noches, atraído por el extraño resplandor de la colina se fue a ver de qué se trataba, y se encontró cara a cara con esa cosa misteriosa. Sí, me dijo que vio al fantasma con sus propios ojos. Me dijo que a la noche siguiente volvió con doce personas amigas y todas ellas aseguran que lo vieron también. Me dijo que se quedaron durante tres horas viendo la aparición y tratando de descubrir qué era. El Sr. Bernard tuvo tanto miedo que pensó que le iba a dar un ataque del corazón, y así todos se fueron.

—¡Hubiera deseado estar allí! A lo menos, le hubiera arrojado una piedra —comentó Guillermo tomando la última cucharada de sopa y retirando la silla de la mesa—. Roberto ya debe estar por llegar. Me hubiera gustado que ya estuviera aquí.





Los muchachos habían rondado otras veces la vieja casa de la colina sin ningún temor y sin que nada en particular les llamara la atención. Era simplemente una casa abandonada que iba desintegrándose poco a poco bajo el embate de las inclemencias del tiempo.

correr como magnetizados por el misterioso resplandor.

—Oye —dijo Roberto con voz agitada por la carrera—, vayamos más despacio; me duele un costado de tanto correr.

—Muy bien. Yo también estoy cansado. Después de todo, no estamos por cazar fantasmas, o lo que sea—. Los dos muchachos dejaron de correr y avanzaron a paso moderado.

—¡Mira, Guillermo! ¿No van allí Timoteco y su padre? Hay más gente que camina delante de nosotros. Y mira allá, ¿no es el sheriff? Parece que todos se dirigen a ver el fantasma.

—Sí, y allí está la casa. ¡Pero mira, Roberto! ¡Mira la casa!

Los dos amigos contemplaron asombrados la casa de la colina. Detrás de dos grandes sicomoros estaba el viejo edificio de madera con sus aleros caídos irradiando el más ultraterreno resplandor que Guillermo había visto alguna vez. Y allí cerca, sentado sobre el carcomido brocal de madera del pozo estaba la aparición. No tenía cabeza, brazos ni piernas. Sólo un montón de masa fantasmal. Resplandecía con una luz verdosa.

Por un buen rato los muchachos no podían quitar sus ojos de esa cosa tan extraña. Cuando por fin Guillermo pudo dejar de mirarla giró su cabeza para hablar a Roberto, pero no pudo pronunciar una sola palabra. Al ver el rostro de su amigo y la forma como temblaban sus manos mientras daba vuelta la gorra que tenía en ellas, se dio cuenta que Roberto estaba tan afectado como él. Ahora comprendió claramente por qué ninguno se había atrevido a tirarle una piedra. ¿Quién en el mundo sería tan tonto como para desafiar a un ser tan imponente?

Lentamente, uno tras otro de los investigadores comenzaron a volver hacia el pueblo. Los dos muchachos estaban cerca

Se oyó un golpe en la puerta y Guillermo estaba seguro de que era su amigo que llegaba. Se puso de pie de un salto y tomó su abrigo de la percha mientras se dirigía a la puerta.

—¡Hola, Roberto! Veo que estamos a tiempo, y estoy listo para ir. Partamos en seguida. Mamá y papá, hasta luego. No se preocupen. Tendremos cuidado de que el fantasma no nos atrape.

Los dos muchachos se rieron de buena gana y se dirigieron rápidamente en dirección a la casa embrujada de la colina.

El sol ya se había puesto y alguna que otra estrella amiga comenzaba a titilar en el cielo. Los muchachos aminoraron el paso para cobrar aliento.

De repente, Guillermo señaló a un resplandor fantasmal en el norte.

—¡Allí está, Roberto! ¿La ves? ¿Crees que ese extraño resplandor puede ser lo que todo el mundo piensa que es un fantasma?

Roberto asintió con la cabeza, y agregó:

—Está en la dirección correcta, eso es claro —murmuró—. Pero no puedo decir si esa luz está justamente a unos metros de nosotros o a un kilómetro.

Los dos muchachos se detuvieron a mirar la luz en silencio. Luego Guillermo le tiró de la manga a Roberto, y urgió:

—Sigamos y veamos qué es. Estimulados por nueva energía los amigos comenzaron a

"ORDENARE UNA INVESTIGACION. DEBEMOS TRATAR DE DESCUBRIR QUE COSA ES Y DE DONDE VIENE. ES UN MISTERIO QUE DEBEMOS RESOLVER PARA PRESERVAR LA SEGURIDAD DE LA GENTE", DECIA EL COMISARIO.

de la casa de Guillermo cuando oyeron que el sheriff, que se hallaba justamente delante de ellos, le decía a alguno de sus amigos:

—Ordenaré una investigación de este asunto tan pronto como me sea posible. Debemos tratar de descubrir qué cosa es y de dónde viene. Es un misterio que debemos resolver para preservar la seguridad de la gente.

—Bueno, Guillermo, ¿qué piensas ahora? —dijo Roberto moviendo su cabeza hacia el resplandor de la colina—. ¿Todavía no crees en fantasmas y aparecidos?

Guillermo sacudió su cabeza lentamente, y dijo con firmeza:

—Todavía no puedo creer en aparecidos o fantasmas. Pero, por otra parte, no te puedo decir qué es y qué no es lo que hemos visto. Sin embargo, estoy seguro que no es uno de los espíritus demoníacos de los cuales habla la Biblia.

Los muchachos llegaron a casa de Guillermo y se despidieron. ¡Ahora sí que Guillermo tenía un montón de cosas que contarles a sus padres! Estos lo escucharon con muchísima atención.

—¿Qué puede ser lo que vieron? —preguntó su madre intrígada.

—Es difícil decir qué puede ser con tantas cosas extrañas que ocurren en estos días —respondió el padre con un gesto preocupado.

El asunto se discutió en su pro y en su contra por largo rato, pero nadie tenía una solución. Así, después de haberse agotado los argumentos, como ya era bastante avanzada la noche, Guillermo se fue a su pieza.

Se acostó y se quedó pensando largo rato acerca de la casa embrujada. ¿Qué podía ser lo que vio? Realmente era algo. De eso estaba seguro, porque lo había visto con sus propios ojos. ¿Había realmente fantasmas y aparecidos a pesar de

lo que sus padres le habían enseñado? Algún día él lo sabría positivamente.

Un repentino golpe de aire entró por la ventana y agitó las cortinas. Los ojos de Guillermo se dilataron por el temor. Rápidamente las ató con firmeza y se cubrió la cabeza con la frazada.

Los días siguientes pasaron rápidamente para Guillermo y Roberto. Ambos amaban la vida al aire libre y pasaron muchas horas felices coleccionando insectos, pájaros, flores y haciendo dibujos cuidadosos de ellas. Negociaban las cosas raras que podían conseguir y sus cajas de colecciones se iban llenando de toda clase de objetos interesantes.

Antes de que se dieran cuenta, dos años escolares habían llegado y pasado desde aquella noche en que vieron la extraña aparición en la casa embrujada. Todavía el misterio seguía sin resolver, porque el sheriff nunca había tenido la oportunidad de investigar el asunto. ¿Por qué razón? Porque a la noche siguiente el fantasma había desaparecido y no se lo había visto desde entonces.

El año escolar estaba casi por terminar y Roberto pensó que sería provechoso estudiar con Guillermo algunas de sus lecciones.

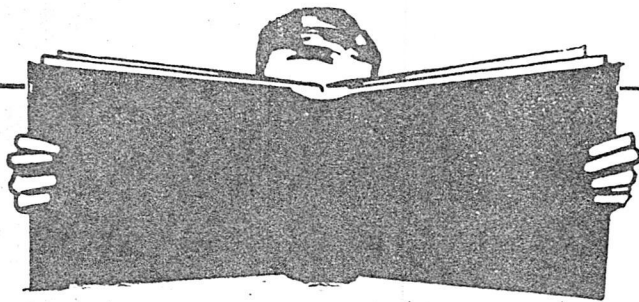
—Escucha, Guillermo —le dijo—, ¿por qué no vienes a estudiar conmigo esta noche? Podremos hacer una buena cantidad de ejercicios para el examen final.

—¡Buena idea! Vendré si puedo. De eso puedes estar seguro. ¿Antes de oscurecer?

—Correcto. Te esperaré.

Guillermo no pudo salir de su casa tan pronto como había pensado porque las tareas del hogar no se lo habían permitido, y cuando estaba listo para ir a estudiar, el sol ya se había puesto. No había casi luna, y los bosques entre su casa y la de Roberto eran densos. Pero él conocía perfectamente el sendero y no tenía ningún miedo de perderse. Había recorrido esos bosques desde su niñez, y conocía cada tronco caído, cada roca y cada árbol de los mismos. Conocía a las pequeñas criaturas salvajes que vivían allí y las llamaba por los nombres que él les había puesto. No tenía temor y se despidió de su madre sin pensar ni remotamente que necesitaría una linterna.

Hacía bastante calor ese anochecer de fin de primavera a pesar de la lluvia que había caído el día anterior, y los bosques estaban bastante húmedos. Guillermo avanzaba feliz por su camino. Bajó por el lado oeste de la colina y se dirigió hacia el sur en dirección al arroyo. Los árboles eran más espesos allí, pero el murmullo del agua le decía que estaba cerca. Sabía dónde había dos piedras que él podría usar para cruzar el agua. Se tomó de una rama que avanzaba sobre el arroyito para afirmarse mientras pisaba las piedras. Luego un paso, otro más y estaba del otro lado. ¿Pero qué era eso que lo estaba mirando directamente con ojos tan penetrantes? Sintió como si los cabellos se le pararan y el corazón le saltara a la boca. ¿Sería un león



Leímos por ahí...

Nadie es imprescindible en este mundo; en cambio, puede haber hombres del momento.

En nombre de la justicia, cuántas injusticias se cometen.

La verdad, para que así sea, y se mantenga como tal, debe ser consecuente consigo misma.

El gran propósito de la vida es servir.

de la montaña? No había oído nada. Sí, era un gran león negro, pensó. Vio su cabeza, sus pequeñas orejas y su forma agazapada, listo para saltar sobre él. Sí, aun podía ver una garra levantada con sus uñas extendidas.

Guillermo miraba fijamente los ojos de la fiera. No atreviéndose a quitar los suyos de ellos, se dijo a sí mismo: "No puedo darme vuelta, no puedo correr, no puedo volver a cruzar el arroyo sin caerme, y no puedo caerme en un tiempo como éste. ¿Qué puedo hacer?" Esos pensamientos se repetían una y otra vez en su mente. Cuanto más miraba a la fiera, tanto más pensaba. ¡Esos ojos! ¡Esos ojos! ¡Qué resplandor ultraterreno tenían esos ojos! "¿Dónde he visto yo antes algo parecido? ¡Oh, ahora sé! ¡Ahora lo recuerdo! ¡La aparición! ¡La aparición!", se dijo a sí mismo.

Una lenta sonrisa se dibujó sobre su rostro. Al fin había tenido la oportunidad de resolver ese misterio de una vez por todas.

En un instante saltó hacia adelante y se aferró a la enorme cabeza de la fiera y le arrancó la cara de corteza. Su corazón todavía latía como el de un conejo asustado mientras dejaba que la suave madera podrida se deslizara entre sus dedos. Una segunda mirada le

reveló que la parte posterior de ese monstruo no era más que un tronco podrido que resplandecía con una hermosa luz. Los dos ojos eran dos agujeros, dejados por dos nudos en la corteza, a través de los cuales brillaba la luz.

Guillermo dio un suspiro y se calmó. ¡Así que eso había sido la aparición! ¿Por qué nadie había pensado eso antes? Tomó algo de la madera podrida en sus manos y admiró la extraña luz verdosa que resplandecía sin calor, lo mismo que los gusanos de luz que él había coleccionado años antes.

—Ya sé lo que voy a hacer —dijo—, llevaré un buen pedazo de este "fantasma" y se lo voy a mostrar a Roberto. De otra manera no me va a creer.

Guillermo arrancó un buen trozo de la madera podrida y la sostuvo delante de él.

—¡Oh! —exclamó—, esto es tan bueno como la linterna. Yo puedo ver perfectamente la senda con esta luz.

Así diciendo, corrió todo el resto del camino hasta la casa de su amigo.

Es de imaginarse la sorpresa y el interés que causó la "antorcha" en la casa de Roberto. No hubo más estudio de historia por esa noche, porque los muchachos pasaron la mayor parte del tiempo tratando de encontrar qué hacía resplandecer tan

brillantemente a la madera podrida húmeda.

Examinaron todos los libros que tenía el padre de Roberto. Después de mucho buscar encontraron la respuesta. El resplandor de la madera podrida se llama "fuego del zorro". Es causado por un hongo, decía el libro, que existe en la madera podrida. El color puede ser verde, amarillo, azul o rojo o una mezcla de esos colores. El fenómeno y el tiempo que dura dependen en parte de la luz que ha recibido la madera, del calor y de la humedad reinante. Si el tiempo es caluroso, el resplandor dura mucho más que si las noches son frías. Algunos troncos podridos de gran tamaño han brillado durante varias noches y han sido observados desde largas distancias. La humedad del aire parece provocar el resplandor.

El pedazo de tronco que Guillermo había arrancado brilló un buen tiempo después que él había regresado a su casa y les había mostrado su descubrimiento a sus padres. De hecho, todavía resplandecía a la mañana siguiente, aunque no tan brillantemente.

—Bueno —le dijo el padre sonriendo satisfecho—, me supongo que se necesita a alguien que no tenga miedo de la oscuridad y que tenga una mente inquisidora para resolver los misterios que se nos presentan.

Diciendo esto, tomó la "antorcha" que le ofrecía Guillermo y la examinó cuidadosamente. Luego, devolviéndola a su hijo, agregó:

—Pienso que este "fuego del zorro" contesta un montón de preguntas, ¿no te parece?

—¡Seguro! —afirmó Guillermo mirando la madera con admiración—. Y no hay ninguna duda de que el fantasma de la colina no era otra cosa que el fuego del señor zorro.

Para terminar debemos decir que el nombre completo del muchacho era Guillermo Hamilton Gibson, que más adelante escribió mucho sobre ciencias naturales, e hizo hermosos dibujos sobre la materia. La naturaleza encierra muchas cosas interesantes que pueden inspirar y sorprender. Para descubrirlas, sólo se necesita tener paciencia y mente despierta.=



de todo el mundo

◆ La United States Steel proyecta concluir para comienzos de 1970 el edificio de oficinas que será el segundo en altura en el mundo. Estará ubicado en Pittsburgh, Pensilvania, y será la central de dicha compañía. Tendrá la forma de una torre triangular, de 64 pisos rodeada por 18 columnas de acero que la sostendrán y que quedarán expuestas al exterior.

◆ En California, EE. UU., se ha construido una casa de material plástico perfumado.

◆ Sudáfrica se comunicará con Portugal por medio de un cable submarino que será el más largo del mundo: tendrá una extensión de 9.600 km.

◆ El oceanógrafo Roberto Stenuit logró aislar los treinta y dos signos sonoros que componen el raro idioma de los delfines.

◆ Estudios realizados en cuanto al conocido alucinógeno LSD han demostrado que predispone a trastornos de orden genético como también a la aparición del cáncer.

◆ Se calcula que en China continental nacen unos 15 millones de niños por año.

◆ En Tokio se proyecta la construcción de una isla artificial en la que se instalará un aeropuerto local.

◆ Según datos estadísticos, Italia ocupa el primer lugar en el mundo en lo que se refiere a consumo de medicamentos.

◆ Se cree que en Gran Bretaña pasa de 10.000 el número de jóvenes adictos a las drogas.

◆ En el cuerpo directivo del Gran Hotel de Oslo, Noruega, figuran personas de 21 diferentes nacionalidades.

◆ En los árboles la savia desciende y asciende. La que desciende transporta elementos nutritivos de las hojas a las raíces.

◆ Con el promedio de nacimientos de 18,5 por mil registrado durante 1966, los Estados Unidos llegaron al nivel más bajo desde 1936. Es el noveno año consecutivo en la declinación del promedio de nacimientos.

◆ Para celebrar los 36 años que el 12 de agosto de 1968 cumplirá la reina de Thailandia se acuñarán monedas recordatorias. Tendrán éstas del 90 al 95% de oro puro y serán de cuatro valores distintos.

◆ La televisión tridimensional tal vez se logre como resultado de un proyecto que está siendo llevado a cabo por una gran firma de ingeniería eléctrica alemana. La investigación, que incluye rayos laser, puede algún día echar las bases para la televisión tridimensional, aunque éste no es el propósito del proyecto. Las nuevas técnicas pueden conducir a innovaciones y aplicaciones en otros campos.

◆ Hasta 1966 Japón figuraba a la cabeza en la lista de compradores de los productos de la China nacionalista.

◆ Aunque la mayoría de las regiones fuertemente musulmanas pasaron a formar parte del Pakistán en 1947, la India todavía contaba con unos 50 millones de ciudadanos musulmanes a fines de 1965. Es la tercera nación del mundo en cuanto al número de fieles mahometanos, después de Indonesia y Pakistán.

◆ De acuerdo con la Convención Internacional de Tránsito Carretero celebrada en 1949, los Estados Unidos tienen trato recíproco con más de 70 países en lo que concierne al uso de registros para conducir. Los ciudadanos de las naciones signatarias pueden usar sus propios registros o licencias mientras tengan que desplazarse por el territorio norteamericano, y los automovilistas de la Unión pueden a su vez viajar en los países extranjeros en las mismas condiciones. Además, según los términos del convenio, los turistas que visiten los Estados Unidos pueden quedar hasta un año con la chapa patente de su país de origen en el auto.

◆ Partes de Groenlandia permanecen sepultadas bajo una capa de 3.300 m de hielo.

◆ Según estudios científicos se comprobó que el alcoholismo es una enfermedad física que puede atacar a cualquier persona. Posiblemente se deba a una deficiencia química en la sangre que hace al alcohólico propenso a esta enfermedad. Para su tratamiento se están utilizando diversas drogas y apoyo psicológico. Sin embargo, el remedio más eficaz es la total abstinencia.

ASOCIACION CASA EDITORA SUDAMERICANA

Avda. San Martín 4555,
Florida (FNGBM),
BUENOS AIRES,
ARGENTINA

MI SUSCRIPCION A JUVENTUD (Por 12 meses \$ 750 m/arg.)

Nombre
Calle N°
Localidad
País